Elisa

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª part
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª part
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon.
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas.
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Aceitar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza
¡Es un bandido!

ELISA,

Ó

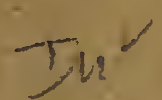
EL PRECIPICIO DE BESSAC.

DRAMA EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS

por

LA SEÑORITA DOÑA JOAQUINA VERA.





MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Enero de 1844.

PERSONAS.

LAMBERT, *cura de la aldea de...*
VICTOR DE FRANCHEVILLE.
JORGE LANDIER.
ANDRES.
BAUTISTA ROUSSEL.
PEDRO.
TOMAS.
AMBROSIO.
ANTONIO, *criado de Victor.*
UN UGIER DEL TRIBUNAL DE TOLOSA.
LA BARONESA DE FRANCHEVILLE.
ELISA.
MARIANA.
JUANA.
ROSA.
ALDEANOS Y ALDEANAS.



Acto primero.

El teatro representa un patio delante de la casa de Mariana, que está á la izquierda: al fondo una tapia, en medio una gran puerta que da á la calle; un arbol delante de la casa, un banco en primer término.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA. ROSA. ALDEANAS.

(*Al levantarse el telon, Mariana está sentada en el banco de piedra, cosiendo: las aldeanas la rodean.*)

Rosa. Con que asi que estemos vestidas vendremos á buscar á Elisa, segun hemos convenido?

Mariana. Sí, ya estará lista... pero, Rosa, y tu manteleta?

Rosa. Es verdad! qué cabeza tengo! ya se me olvidaba.

Mariana. Toma; Elisa te la ha bordado. (*La coge del cesto que está en el banco.*)

Rosa. Ay! qué hermosa está... mirad! mirad! (*Enseñándola á las aldeanas.*) Qué bien me sentará! en viéndomela Pedro puesta, se vuelve loco de amor, es seguro! No quiero perder un (*A Mariana.*) minuto; voy corriendo á adornarme; qué bonita voy á estar! de esta echa no puede Pedro menos de... venid, venid corriendo. (*Se va con las aldeanas.*)

ESCENA II.

MARIANA, *sola. Despues* ELISA.

Qué contenta se ha puesto: no hubiera necesitado mas

hace algun tiempo para estarlo tambien mi pobre Elisa... (*La puerta del cuarto de Elisa se abre.*) pero ahora... ahi está! siempre tan triste! oh...! es menester que yo sepa... Elisa! no me oye... Elisa!

(*Elisa sale sin ver á su tia; se dirige hácia la puerta del fondo; se detiene y mira tristemente.*)

Elisa. Ah! sois vos, tia...! (*Viéndola.*)

Mariana. Qué mirabas con tanta atencion, que no me has oido llamarte?

Elisa. Nada. (*Afectando indiferencia y yendo á sentarse para bordar.*)

Mariana. Has llorado! (*Mirándola.*)

Elisa. No; os engañais.

Mariana. Tú no eres franca conmigo, Elisa; es porque no me quieres ya?

Elisa. Ah! qué decís! no amaros yo despues de las pruebas de cariño que me habeis dado, y que me dais á cada momento! no sois vos quien á la muerte de mi madre vino en mi socorro? no habeis vos sostenido á la pobre huérfana? si tengo una educacion mas esmerada que la que de ordinario reciben las de mi clase, no os lo debo á vos tambien?

Mariana. Dejemos eso, hablemos de otra cosa. Dime, sabes que la baronesa de Francheville ha llegado á su castillo de Bruyeres...?

Elisa. Sí, tia, hace ocho dias. (*Trabajando.*)

Mariana. Has ido á verla?

Elisa. Espero que me avisen.

Mariana. Siempre te ha llamado en cuanto ha venido... pero si ahora no es asi me alegraré, porque no irás tan á menudo al castillo.

Elisa. Por qué, tia?

Mariana. Porque el año pasado nunca estabas aqui, y si por casualidad cualquiera ocupacion te detenia y no podias ir, te ponias tan triste, tan de mal humor, como alegre y satisfecha te veía alli.

Elisa. Bien sabeis que la baronesa ha sido siempre tan buena para mí!

Mariana. Es una escelente señora que te quiere mucho. El año pasado, la víspera de su partida, conocí bien cuánto es su cariño por tí.

Elisa. Pues qué...?

Mariana. Tú la rogabas que te llevase á París, pero yo oí que te respondió: no, Elisa, no... si quieres ser dichosa quédate en la aldea... en la corte podrian asaltarte ciertas ideas, poco convenientes á tu posicion; créeme, elige por marido á un muchacho honrado: yo no olvidaré nunca que tu madre crió á mi hija, y si á mi vuelta en la primavera próxima te has decidido, te prometo dotarte y firmar tu contrato. Te has acordado de tan buenos consejos? Has hecho ya una eleccion?

Elisa. Tía, yo no quiero casarme.

Mariana. No quieres casarte...! escúchame, Elisa, porque es menester que te diga todo lo que me haces pensar; yo no sé, es verdad, decir bonitas frases como tú las dices, ni leer en esos hermosos libros que tú lees, y que (mucho lo temo) se me figura que mas te trastornan el juicio que te instruyen: nada de eso entiendo, es cierto, pero tengo esperiencia... y observo... y... apuesto á que hace algun tiempo que tienes en la cabeza algun loco pensamiento, y en el corazon un pesar que se aumenta todos los dias.

Elisa. Pero, tia, que puede haceros creer...

Mariana. Tú misma. Cuando Andres, tu compañero de infancia, viene á vernos, no estás alegre, como lo estabas otras veces; si te habla apenas le respondes; y sin embargo bien sabes que el es mejor mozo del pueblo, y te ama ni mas ni menos que si fueras hermana.

Elisa. Oh! yo tambien lo quiero asi.

Mariana. Tiene un buen oficio, porque ya sabes que produce bastante el vender encages, y por cierto que hace mucho tiempo que le das tú muy pocos.

Elisa. Sí...

Mariana. Pero es porque no trabajas ni tanto ni tan bien como antes. El año pasado estabas tan hermosa que daba gusto verte, y ahora estás delgada y pálida... Evitas las ocasiones de hallarte con tus compañeras, y cuando el domingo vamos juntas á la Iglesia á oir las palabras graves, pero siempre afables, de nuestro digno cura el señor Lambert, veo que de repente te pones triste y lloras... como ahora... (*Viendo que Elisa se vuelve para ocultar su llanto, la obliga á volverse.*) Ah! no es verdad, Elisa, que tengo razon? no es verdad que tú sufres?

Elisa. Sí, tia mia, un secreto pesa sobre (*Levantándose.*) mi corazon; os lo voy á decir.

Andres. Muy bien, ahora iré con vosotros. (*Dentro.*)

ESCENA III.

DICHOS. ANDRES.

Andres. Buenos dias, Mariana; buenos dias, Elisa.

Elisa. A Dios, Andres.

Mariana. De dónde venís tan lleno de sudor y de polvo?

Andres. De dónde? de andar (*Limpiándose la frente.*) cerca de cinco leguas á pie...

Elisa. Habeis ido tan lejos á vender (*Volviéndose á trabajar.*) encages?

Andres. No, no; hoy no es dia de negocios.

Elisa. Por qué?

Andres. Cómo por qué? pues no es hoy la fiesta de nuestra aldea?

Elisa. Es verdad, no me acordaba.

Andres. Cómo decís eso...! pero tranquilizaos... todo está arreglado; nada faltará.

Elisa. Qué quereis decir?

Andres. No sabeis que la fiesta por una desgracia no se iba á hacer?

Elisa. No! por qué?

Andres. Porque ayer al anochecer el condenado músico, que bebe... como un músico! al salir de la taberna para dirigirse á su casa, por abreviar el camino tomó el sendero de Bruyeres; ya sabeis qué estrecho es aquel paso y qué espuesto: á la derecha una roca, y á la izquierda un abismo que no tiene fondo, lo que todo el mundo cree, pero que nadie ha tenido la curiosidad de averiguar. Pues bien, el pobre Tomas quiso apoyarse en las rocas; pero en lugar de volverse hácia la derecha, se volvió hácia la izquierda...

Elisa. Cielos! ha muerto!

Andres. Qué, no! á pesar de lo aturdido que estaba, tuvo bastante ánimo para agarrarse con toda su fuerza á un peñasco; pero cuando uno se sostiene con las manos no puede estar mucho tiempo en la misma postura; ya iba pues el buen hombre á tener relaciones con el preci-

picio, cuando unos espigadores que volvian del llano oyeron sus gritos y llegaron á tiempo para salvarlo; pero los brazos, que era lo que necesitábamos, por nuestra desgracia se le han estropeado.

Mariana. Pues eso pudiera corregirlo...

Andres. Ya conocereis que en mucho tiempo no podrá hacer andar su arco, y en toda la aldea no hay quien toque el violin: era menester ver el descontento, el enfado de todo el mundo... hablaban mucho y no decidian nada; por último, la fiesta iba á suspenderse... y entonces me acordé de vos, Elisa...

Elisa. De mí?

Andres. Sí; me acordé que el año pasado tal dia como hoy el tiempo se volvió tan malo que no se pudo bailar bajo los árboles de la alameda del castillo, y creo que lo sentisteis tanto que os echasteis á llorar...

Elisa. No tal.

Andres. Oh! sí tal, yo lo noté...! pues bien, cuando he visto hoy el dia tan bueno y los preparativos tan soberbios, me he dicho á mí mismo: mas lo sentirá ahora que el año pasado: es menester que no falte la fiesta... y me fuí á Flarigni, donde tengo unos músicos conocidos, y los he traido: con que habrá funcion... pero no dejais el trabajo para prepararos? es preciso que os despacheis; las madres se visten, los padres se componen, los mozos invitan á sus bailarinas... y como vos sois la mas linda de la aldea, he vuelto á hablar conmigo mismo y he dicho: Andres, amigo mio, debes ser mas ligero para no dar tiempo á otros; asi es que he llegado el primero, de lo que me alegro. Estoy algo cansado y no muy compuesto, pero no importa... con que bailaremos la primera contradanza, eh?

Elisa. Os doy gracias, Andres, pero yo iré muy tarde á la fiesta, y tal vez no bailaré.

Andres. Es posible? (*Vivamente.*)

Elisa. No me engaño; es Bautista (*Yendo al foro.*) Roussel que viene del castillo.

Andres. Consentireis eso, señora Mariana?

Elisa. Qué noticias hay, Bautista? (*Elisa va á la puerta y detiene á un aldeano que lleva unas cestas.*) Has visto á la señora de Francheville?

Bautista. Sí, señorita Elisa, como que por la recomenda-

cion del señor Jorge su primo me ha prometido la plaza de picador; bonito empleo, no es verdad? poco trabajo, y luego que se tiene ya casi un pie dentro de la casa.

Elisa. No me traeis ningun recado de parte de la baronesa?

Bautista. No, ninguno.

Elisa. Y... (*Despues de vacilar.*) no hay otra persona en el castillo?

Bautista. Yo no he visto mas que á la señora.

Elisa. Muy bien; gracias, amigo mio.

Bautista. No hay de qué; hasta la vista, señorita Elisa.

(*Mientras Elisa ha hablado á Bautista, Andres se ha acercado á Mariana, y por sus ademanes debe hacer conocer al público que habla de Elisa.*

Andres. La decidireis á que baile?

Mariana. Sí, voy á hablarla.

Elisa. Ninguno! (*Con abatimiento y no podiendo sostenerse.*)

Mariana. Elisa...! hija mia! (*Yendo hácia ella.*)

Elisa. Es este el premio de tanto amor! (*Sentándose en una silla, y cubriéndose el rostro con las manos.*)

Andres. Está llorando... vamos, vamos, qué es lo que os hace llorar... es el pícaro de Bautista...? voto va! si él es, yo le juro...

Elisa. No, no es nada... yo... (*Aparte.* Oh! vámonos; las lágrimas me ahogan! y me venderán!) (*Se va á su cuarto.*)

Andres. Qué es lo que tiene? (*A Mariana.*)

Mariana. Yo lo sabré... vete á la fiesta y espérame.

ESCENA IV.

ANDRES, *solo. Despues* JORGE.

Andres. La fiesta! sí, para fiestas estamos!

Jorge. (*Entrando.*) Ah! bien seguro estaba yo de encontrarte aqui, Andres.

Andres. Vuestro servidor, señor Jorge... (*Quitándose el sombrero.*) Cómo! vos me buscabais?

Jorge. Acabo de estar en tu casa, y no hallándote alli, me he dirigido aqui, á casa de la bella Elisa, donde estaba casi cierto de hallarte; pero dónde está la perla del pais?

Andres. En su cuarto con su tia.
Jorge. Ah! bien! me alegro que estemos solos. Tengo que hablarte, Andres.
Andres. A mí, señor?
Jorge. Sí... y voy á hacerlo francamente: amas á Elisa?
Andres. Qué pregunta! (*Admirado.*)
Jorge. Vamos, responde.
Andres. Que si la amo...! despues de Dios, es lo que mas quiero...! yo no he conocido familia... ella es para mí una madre... una hermana, en fin, todo!
Jorge. Tu cariño por Elisa es diferente; es amor.
Andres. Vos lo creeis?
Jorge. Estoy seguro.
Andres. Tal vez sea posible.
Jorge. Si te separasen de ella...
Andres. Qué decís?
Jorge. A su edad, y bonita como es, no la faltarán casamientos.
Andres. Sí, teneis razon; tal vez otro podria... calla, pues es verdad! estoy celoso.
Jorge. Ya ves como tengo razon, Andres... tú estás enamorado.
Andres. Oh! sí, sí, lo estoy; pero por qué me decís eso?
Jorge. Por qué, Andrés...? porque eres un buen muchacho; porque la baronesa de Francheville, que quiere mucho á Elisa y que tambien te aprecia, me ha encargado que te haga conocer las generosas intenciones que la animan por tí.
Andres. Por mí?
Jorge. Veamos; si mi prima te dijera... Andres, tú amas á Elisa, el dia de tu casamiento con ella te daré mil escudos... qué responderias? (*La baronesa aparece en el foro.*)
Andres. Toma, qué habia de responder? diria: mil gracias, señora baronesa; Elisa sola vale mas para mí, que todo el mundo entero; pero los mil escudos nunca estan de mas.

ESCENA V.

DICHOS. LA BARONESA.

Baronesa. En firmando el contrato, te los entregaré.

Andres La señora baronesa! (*Sorprendido.*)

Baronesa. Yo me intereso mucho por Elisa, y quiero escogerle un esposo digno de ella... tú la conoces desde su infancia...?

Andres. Y la amo desde que está en el mundo... oh! me parece un sueño... no creo estar despierto... pero Elisa sabe...?

Baronesa. He venido para hablarla de este casamiento.

Andres. Esperad un momento, señora, esperad que me haya ido. Si delante de mí la preguntaran si me queria, tal vez mi presencia la impediria hablar claro, y yo no quiero que la obliguen... por otro lado si ella rehusase... si la oyera decir no... yo me conozco, me echaria á llorar... y eso es muy humillante para un hombre... os esperaré allá abajo en la alameda del castillo... Cómo me late el corazon... (*Hace que se va y vuelve.*) Ah! ya me olvidaba de daros las gracias por los mil escudos... no es esto decir que los rehuso, al contrario... pero mirad, daria mis economías, mi pacotilla, todo lo que poseo, porque dijera que sí.

Jorge. Id, amigo mio, y contad con nosotros.

Andres. Muchas gracias, señor Jorge... os voy á decir la verdad; yo no os podia ver, claro. Pero ahora si me pidiérais la vida... voy, voy á esperar. (*Vase.*)

ESCENA VI.

JORGE. LA BARONESA.

Jorge. Ya hemos concluido la mitad de nuestra tarea, pero lo mas dificil queda ahora; será menester, querida prima, que tengais sangre fria y firmeza.

Baronesa. No me faltará.

Jorge. Os lo repito: Victor está perdidamente enamorado de ella; la carta que á mi venida de París me dió para que se la entregase, es mas apasionada que todas las que hemos tenido la dicha de interceptar. No demos á Victor tiempo de que llegue y la encuentre libre, porque la cumplirá la palabra que le ha dado de ser su esposo; nada del mundo lo podrá impedir.

Baronesa. Él! el hijo del baron de Francheville!

Jorge. Bien sabeis, prima mia, que los Franchevilles no obedecen mas que al impulso de su corazon: vos érais pobre y huérfana, y estábais lejos de soñar en un brillante porvenir. El baron de Francheville quedó viudo á los cuarenta años, no teniendo mas que un hijo, cuya salud deplorable le hacia temer que se estinguiera su nombre; la casualidad hizo que os viera en Tolosa; os amó, y pronto tuvísteis el título de baronesa; á los tres años murió, dejando á vos y á vuestra hija, nacida de esta segunda union, la mitad de su inmensa fortuna; la otra mitad que pertenece á Victor, debe llegar á vos si muere sin dejar herederos directos, y si hasta entonces no habeis contraido segundos lazos. El año pasado en la consulta de médicos declararon, que el jóven Francheville padecia una afeccion mortal que le dejaria vivir poco tiempo. Dios nos libre de desear el cumplimiento de tan siniestra profecía! pero Dios nos libre tambien de dejar ponerse una estraña entre él y vos! No sufriremos que un enlace de algunos dias pueda destruir nuestras esperanzas y vuestros derechos: yo alenté en un principio el amor de Victor por Elisa, porque debia alejar de él toda idea de casamiento. Pero lo que entonces creía no ser mas que un capricho, ha llegado á hacerse una verdadera pasion, y es menester á todo precio estinguir el amor romancesco que imprudentemente he escitado yo mismo.

Baronesa. Elisa no habrá pensado en llegar á ser nunca baronesa de Francheville: vos exagerais las dificultades que tendremos que vencer.

Jorge. Ojalá fuera cierto! pero suceda lo que suceda, os juro que Elisa no será un obstáculo, porque hay un amor mas fuerte, mas obstinado que el que ella tiene por Victor, y este amor... (*Sonriéndose.*)

Baronesa. No ha sido declarado mas que á la rica viuda del baron de Francheville.

Jorge. Cómo pretender vuestro corazon, (*Con dulzura.*) cuando siendo un abogado oscuro no os podia ofrecer mas que una triste medianía ó la miseria tal vez? todo lo debí sacrificar á vuestra dicha.

Baronesa. Callad, Jorge... no tengo ambicion por (*Turbada.*) mí, sino por mi hija, á quien (*Con firmeza.*) quiero preparar una suerte brillante, quiero que ella posea

toda la herencia de su padre, y como vos, juro que Victor no despojará á mi hija.

Jorge. Silencio... Elisa viene.

ESCENA VII.

DICHOS. ELISA.

Elisa. (He oido la voz del señor Jorge. (*Aparte entrando.*) Victor habrá venido con él.) Ah! la señora baronesa. (*Viendo á la baronesa.*)

Jorge. Sí, Elisa, la baronesa que todo lo sabe, la baronesa que viene en nombre de Victor...

Elisa. De Victor!

Jorge. Para hablaros con el lenguaje de la razon y de la verdad.

Baronesa. Debiera tal vez reñiros por una (*Con seriedad.*) imprudencia que hubiera comprometido el porvenir del baron de Francheville, pero al veros tan pálida y temblando, no puedo menos de compadeceros y consolaros; Victor, arrastrado por el amor que le inspirásteis, os hizo una promesa que le era imposible cumplir.

Jorge. Él conoce lo que debe á su rango, al nombre que lleva, y con mucha pena sin duda ha resuelto romper del todo con lo pasado; bien os lo esplica el silencio que ha guardado con vos todo este invierno. Decidido á no volver á veros, á nosotros ha encargado la penosa mision de anunciároslo.

Elisa. No quererme ver ya él... Victor...? Ah! no me engañeis.

Baronesa. Elisa! (*Con severidad.*)

Elisa. Ah! perdonadme, señora baronesa... sí, yo era una loca cuando creía en su amor, y en que un juramento echo á una pobre muchacha, sería sagrado. Perdonadme, pero le amo, y moriré si me abandona. No hace un instante que se lo dije todo á mi tia... como vos, ella me culpaba de un amor superior á mi clase... pero lloraba conmigo... Ah! soy tan desgraciada...! Si supiéseis cuánto parecia amarme! "yo no tengo mas que á tí," me decia: "cuando sufro, tu voz sola calma mis dolores; cuando siniestros presentimientos me muestran una tumba abierta antes de tiempo, tu vista aleja tan sombríos

pensamientos, y creo en la dicha, en la vida; porque mi vida, mi dicha eres tú:" era menester no creerlo y dudar de sú honor, era menester sobre todo no amarle... y eso me pedís: Victor te olvida, Victor falta á sus juramentos, falta á los tuyos, me decís, olvídale... Ah! señora... mandadme morir y estoy pronta, pero olvidarle á él! oh! nunca, nunca! (*Cae de rodillas.*)

Baronesa. Siento conmoverme. (*Bajo á Jorge.*)

Jorge. Pensad en vuestra hija. (*Lo mismo.*)

Baronesa. Comprendo todo lo que debes sufrir, (*Levantando á Elisa.*) Elisa, y quiero por todo lo que dependa (*Con resolucion.*) de mí asegurar tu reposo; te hace falta un apoyo contra tí misma. Debes elegir un marido.

Elisa. Un marido!

Baronesa. Sí; Andres te ama apasionadamente; yo le he prometido tu consentimiento y el de tu tia, que estoy segura que no desaprobará mi intencion... reflexiona bien, Elisa, tú no puedes conservar la esperanza de ser un dia esposa de Victor, y si tienes en el corazon sentimientos demasiado puros y elevados para consentir en ser para él un objeto de capricho... créeme, (*Movimiento de Elisa.*) serás dichosa cuando cumplas con tu deber... Consiente en que lleve yo al pobre Andres, que espera tu respuesta, una contestacion satisfactoria... una palabra no mas... y mañana firmamos el contrato... Entre tanto como prenda de mi amistad, acepta tu dote... y créeme, siempre cuidaré de tu porvenir. (*Le ofrece una cartera que Jorge ha sacado del pecho; Elisa, que ha estado inmóvil mientras la baronesa la hablaba, levanta la cabeza, y dice con una espresion fria y llena de dignidad, rechazando dulcemente la cartera.*)

Elisa. Ah! Señora! si vos habeis sido hasta ahora buena y generosa conmigo... creó daros una prueba de reconocimiento, no dirigiéndoos ninguna queja en el instante que me desconoceis tan cruelmente... Para estar segura de que no trataré de ver mas á Victor no es necesario vender mi vida... no es menester arrojarme en los brazos de otro á quien no amaria, á quien engañaria, como me han engañado á mí... yo no soy mas que una pobre aldeana, pero tengo tambien mi orgullo... señora, dejadme con

mi miseria y mi dolor! no querais arrebatarme la poca estimacion que pueda tener de mí misma!

Baronesa. Me retiro, Elisa... un momento de reflexion espero que hará que justifiques mis intenciones.

Jorge. Cederá. (*Bajo á la baronesa.*)

Baronesa. Nos volveremos á ver esta tarde, (*Con dulzura á Elisa.*) y entonces hablaré á tu tia... nosotras triunfaremos de un amor insensato, que desde ahora sería culpable, y que solo puede conducirte al deshonor. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

ELISA. *Despues* ANDRES.

Elisa. Ahora ya puedo llorar...! (*Llorando.*) la falta que he cometido es bien grande, Dios mio! pues me castigais asi! oh! pero socorredme, tened piedad de mí! (*Andres entra, y se detiene en la puerta.*) Cielos! Andres! (*Se vuelve y lo ve.*)

Andres. (*Triste y temblando, se acerca poco á poco á Elisa, y con voz conmovida la habla.*) Sí... yo soy... acabo de ver á la baronesa que salia de aqui... Con que es verdad, señorita Elisa? no me quereis por marido? yo bien sé que ni soy elegante ni fino, pero os amo tanto que esperaba... esta mañana cuando oí decir á la señora de Francheville "Elisa será tu muger," creí volverme loco de alegría y de dicha... y despues cuando ahora mismo al irse me ha dicho que no queriais... mi pobre corazon se ha oprimido tanto... tanto, que he creido que iba á morir!

Elisa. Andres!

Andres. He tratado de convencerme, he conocido que los sentimientos no se mandan, y que aunque yo os quiera, esto no es un motivo suficiente para que vos me querais tambien... y despues otra idea me ha venido, y era tan triste, que necesitaba veros para salir de mi inquietud, porque ya que no posea vuestro amor, al menos quiero que me conserveis la estimacion que se debe á un hombre honrado.

Elisa. Y qué puede haceros creer...?

Andres. Lo que la señora baronesa me dijo: "Al darte á Elisa, Andres, me encargo tambien de su dote;" y como

hasta hoy no os he abierto mi corazon, temo tanto que penseis que el interes...

Elisa. Andres... Andres... os conozco demasiado bien para suponeros tales ideas! Creedme, un hombre tan bueno y noble como vos no puede menos de ser amado, y otra sin duda...

Andres. Otra! oh, no! Elisa, no lo creais...! si no se le puede mandar al amor que venga, tampoco se le puede decir que se vaya... y este que yo tengo no saldrá de aqui... Pues que vos no podeis ser mi muger, os juro que nunca seré el marido de otra.

Elisa. (*Dándole la mano.*) Buen Andres...! oh! ya que no os puedo dar el amor de una esposa, tendré por vos todo el cariño de una hermana; Andres, quereis ser mi hermano?

Andres. (*Llorando.*) Ay! no es lo mismo! pero entre hermano y hermana queriéndose mucho debe haber tambien felicidad! Sí, Elisa, yo acepto... yo seré vuestro hermano. (*Momento de silencio, durante el cual se enjugan las lágrimas que derraman.*) Y ahora que tengo el derecho de velar por vos, de protegeros contra quien os quiera ofender, tambien debo tener una parte en vuestros pesares, en vuestros secretos.

Elisa. Sí, Andres, y yo le diré á mi hermano lo que callaba al hombre que pedia mi mano. Si he rehusado ser vuestra, es porque amo...

Andres. A otro que á mí!

Elisa. A otro que habia jurado amarme siempre, y que ahora me abandona.

Andres. Es imposible.

Elisa. Cómo...!

Andres. (*Con entusiasmo.*) No, no, Elisa; quien os ama una vez no podrá olvidaros... yo estoy seguro, lo sé bien!

Elisa. Andres!

Andres. (*Comprimiéndose de repente.*) Perdon! os vuelvo á hablar de... es que ya veis... todavía no estoy habituado á miraros como un hermano... pero no temais, con el el tiempo... vendrá la costumbre... pero ese hombre quién es! cómo se llama?

Elisa. Victor de Francheville.

Andres. Él! un baron! La baronesa no sabrá nada?...

Elisa. Lo sabe todo.

Andres. Y querian casaros conmigo...! sí, ya entiendo, asi nos tratan esos señores siempre...! oh! eso no quedará asi; y pues que vos le amais todavía aunque es infiel... le iré á ver á París y le diré... no sé aun lo que le diré... pero es igual, lo pensaré.

Elisa. Y yo os acompañaré.

Andres. Vos!

ESCENA IX.

DICHOS. MARIANA, *parándose en el fondo.*

Mariana. Qué oigo!

Elisa. Sí, porque os quiero confesar hasta dónde llega mi ceguedad, á pesar de lo que me han dicho, aunque todo parece acusarle... la duda se ha deslizado en mi alma... una voz secreta me dice... espera, él te ama siempre!

Andres. (*Aparte.* Qué dichoso es.)

Mariana. (*Aparte.* Pobre niña.)

Elisa. Callais, Andres... no aprobais...

Andres. Sí, Elisa; pero es menester cuidado... no decir nada á nadie... esta tarde durante la fiesta partiremos.

Mariana. (*Poniéndose entre los dos.*) Tú no irás, Elisa.

Andres. Cómo?

Elisa. Por qué?

Mariana. Porque la señora baronesa no ha querido decírtelo todo.

Elisa. Qué quereis decir?

Mariana. Que al ir á casa del señor cura, á quien le he confiado tus penas, he encontrado á la señora de Francheville y me ha dicho...

Elisa. Lo que á mí, que Victor no me amaba ya.

Mariana. Me ha dicho...!

Elisa. Qué...? decid...

Mariana. Que se ha casado!

Elisa. Casado! casado! (*Arroja un grito y cae desmayada en brazos de su tia. Ruido fuera.*)

Andres. Elisa!

Mariana. Hija mia! (*Se oye el ruido de un violin.*)

Andres. Volved en vos! ahi estan todas las jóvenes de la aldea; vienen á buscaros: vamos, enjugad esas lágrimas... Haced por sonreiros... tened cuidado de que no sospechen nada!

ESCENA X.

DICHOS. AMBROSIO. ROSA. JUANA. CATALINA. ALDEANOS *y* ALDEANAS.

Todos. Buenos dias, Mariana; buenos dias, Elisa.
Rosa. (*A Elisa.*) Estás ya lista? venimos por tí.
Todos. Sí, sí.
Juana. (*Entrando.*) Todavía no estás vestida...? Qué fastidio...! no se espera mas que á ella para empezar el baile!
Pedro. Pues no hace mucho que tambien te se aguardaba á tí.
Mariana. Esperad un momento, voy á ayudarla. (*Bajo á Elisa.*) Valor, Elisa, valor!
Ambrosio. Qué triste estás, Andres. (*Dándole una palmada. Elisa hace un esfuerzo, se levanta, y apenas contesta á Rosa, que la habla.*)
Andres. Yo! estoy contento... muy contento! (*Aparte.* Es menester alejar esta gente de aqui.) (*Alto.*) Mientras que Elisa se compone, propongo echar un trago en casa de Pichard.
Todos. Vamos.

ESCENA XI.

DICHOS. LAMBERT.

(*Al marcharse se presenta Lambert, y todos se inclinan y se descubren.*)

Todos. El señor cura!
Lambert. Amigos mios, con mucha pena (*Con voz triste.*) vengo á turbar vuestra fiesta, pero vosotros mismos vais á detener esos gritos de gozo. (*Movimiento de los aldeanos.*) La desgraciada Genoveva Berard, que era de esta aldea, qué todos habeis conocido, ha sido condenada á la pena de muerte! (*Demostracion de horror en todos.*) y esta tarde, á las cuatro, en la plaza de Tolosa, debe ejecutarse su sentencia.
Todos. A las cuatro! (*A media voz.*)
Andres. Genoveva era culpable; pero el señor cura (*Bajo*

á los aldeanos.) tiene razon, no es este el momento de divertirnos.

Lambert. Los hombres la han condenado, Dios va á juzgarla en su tribunal supremo! Hijos mios, rogad por ella! (*Todos los aldeanos se retiran en silencio. Elisa, que se levantó á la llegada del cura, cae sobre el banco y queda inmóvil. Mariana cuando todos se han ido muestra Elisa al cura, y le suplica con la vista que la consuele; despues se va.*)

ESCENA XII.

ELISA. LAMBERT.

Elisa. Morir...! sí, yo debo morir!

Lambert. Elisa! (*Mirándola.*)

Elisa. Señor cura! (*Se levanta.*)

Lambert. Desear la muerte... vos tan jóven... eso es dudar de la Providencia!

Elisa. Dios no tiene piedad de mí.

Lambert. Blasfemais, hija mia. Mariana me lo ha dicho todo, y he venido para reanimar vuestro valor, y ayudaros á soportar la prueba que Dios os envia... mirad al rededor de vos, y ved qué abismo estaba abierto á vuestros pies... una pobre muchacha fue enredada en los lazos de la seduccion... Genoveva Berard no tenia en su corazon los principios de virtud que os han protegido hasta ahora; ella se abandonó al que creía sería su esposo... y cuando cayó su corona de inocencia, se encontró sola con su falta; como vos, no tuvo valor; desesperó de Dios, y el Señor apartó la vista de ella. La desgraciada fue madre; aun podia disminuir su culpa, porque Dios perdona á las buenas madres; Genoveva no vió mas que vergüenza donde el cielo la enviaba un consuelo... se volvió loca, y mató á su hijo.

Elisa. Su hijo... Dios mio... Dios mio! (*Con espanto.*)

Lambert. Qué teneis, Elisa?

Elisa. Miradme, padre mio; (*Como privada de conocimiento.*) Genoveva despues de su falta no ha tenido sueño, no es cierto...? Su frente se ha vuelto pálida... sus manos se abrasaban...! Miradme, padre mio: yo no tengo reposo, mi frente está pálida, y mis manos abra-

san...! Como Genoveva, soy culpable...! como ella, me avergüenzo de mi falta. Oh! pero yo no mataré á mi hijo...! yo no le mataré!!!

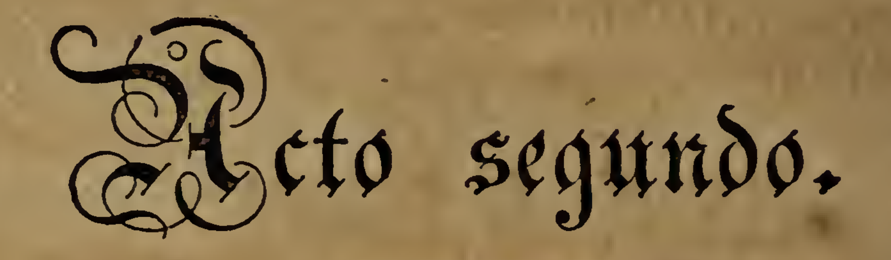
Lambert. Desgraciada! (*Con espanto: dan las cuatro; el cura se descubre.*)

Elisa. Las cuatro!!! ah! ya me acuerdo...! Genoveva Berard... Ah! rogad por mí, padre mio! rogad por mi! (*Cae desmayada á los pies del cura.*)

Lambert. Señor, tened piedad de la que sufre, y perdonad á la que va á morir!

FIN DEL ACTO PRIMERO.





Acto segundo.

El teatro representa un sitio sombrío, triste y montañoso; al fondo un precipicio; á la derecha del espectador, algunos árboles indican el camino que conduce á la aldea; á la derecha, una gran cruz de piedra elevada sobre un cerro que separa dos caminos; el uno desciende y atraviesa el precipicio, el otro sube al castillo. Al levantarse el telon unos aldeanos duermen, otros estan sentados al lado de la cruz, otros recogen sus hoces, otros hablan con las aldeanas, es el fin del dia durante la siega.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO. AMBROSIO. ROSA. JUANA. CATALINA. ALDEANOS *y* ALDEANAS. *A poco* LAMBERT *y* TOMAS.

(*Figura que acaban de trabajar. Por el suelo se ven esparcidas algunas hoces.*)

Pedro. Ya que hemos concluido de trabajar, cantemos y bailemos un poco.
Todos. Sí, sí, cantemos.

Coro. Siega, siega, labrador,
pues ya va cayendo el dia,
y en seguida la alegría
te espera, y el firme amor.

Copla. Venid, alegres doncellas,
y mostrad al segador
esas caras, todas bellas;

venid, y ahuyentad con ellas
nuestro cansancio y sudor:
Que cansados
nunca estamos
si os miramos
con amor.

Coro. Siega, siega, &c.

Copla. Venga aqui la tierna esposa
á ver al esposo amado;
venga la soltera hermosa
anhelante y amorosa
á ver á su enamorado:
Y si alguna
sin él viene
aqui le tiene
de contado.

Coro. Siega, siega, &c.

(*A la mitad del coro, Lambert se presenta en el fondo seguido de Tomas, que trae un cesto; Lambert se detiene y lleva con su baston el compas de la cancion; Pedro, que baila con Rosa, se encuentra enfrente del cura.*)

Todos. El señor cura!

Lambert. Sí, hijos mios...! os causo miedo?

Rosa. Oh! al contrario.

Lambert. Muy contenta estás, Rosa.

Rosa. Sí, es verdad, señor cura, pero ya sabeis que en cuanto llegue la vendimia me caso con Pedro... y despues porque he ido esta mañana á ver á Elisa, que ha estado tan mala y no he podido ver cerca de un mes, la he encontrado casi buena y dispuesta ya á salir, esto me ha dado una alegría...!

Pedro. Qué es lo que ha tenido? (*El cura va hácia un grupo de aldeanos.*) porque el médico prohibió que se la viese, y en todo el tiempo que ha estado tan mala nadie ha entrado en su cuarto.

Rosa. Pobrecita! cuál habrá sido su enfermedad? calla! calla! el señor (*Mira al cura que se aleja sin responder.*) cura se va sin responder; algo debe de suceder; no es cierto, Pedro?

Pedro. Qué!

Juana. No me intereso yo tanto como vosotros por Elisa!

Rosa. Ya empiezas tú, mala lengua?

Juana. Yo no hago mas que repetir lo que muchos dicen; pero ya que lo tomas asi, yo sostengo, yo! que tu Elisa es una orgullosa, y lo que tiene es...

Lambert. Juana!

Juana. Señor cura!

Lambert. Tened mas caridad, hija mia... pensad (*Con severidad.*) que todos necesitamos indulgencia, y que el poco bien que hagamos aqui abajo nos será contado un dia.

Rosa. Pronto concluirán con esta. (*Aparte á Pedro.*)

Lambert. Amigos mios, hoy ha sido grande el calor; Tomas trae algunas botellas (*A los aldeanos con dulzura.*) de mi bodega; bebed, y os dará valor para empezar mañana de nuevo.

Todos. Qué bondad!

Lambert. Vamos, distribúyeles eso; (*Tomas da á los aldeanos las botellas y vasos.*) es el producto de la vendimia (*Beben mientras habla Lambert.*) que me hicísteis el año pasado, y por la cual no os pude hacer tomar el menor salario.

Pedro. No faltaba mas...! trabajar para vos, es un placer... un deber. Cobrais vos los cuidados que prodigais á los enfermos, y los favores que haceis á todos?

Tomas. Sin contar los buenos consejos que nos dais, y que todos procuramos seguir, escepto Bautista Roussel; pero bien decíais el otro dia, que ese acabaria mal.

Pedro. Señor cura.... vamos á (*Presentándole un vaso.*) beber á vuestra salud... si quisiérais...

Lambert. Brindar con vosotros? con mucho gusto.

Pedro. A nuestro buen cura. (*Elevando su vaso.*)

Lambert. A vosotros todos, hijos mios.

Pedro. El tiempo se echa á perder: (*Despues de beber todos.*) señor cura, si lo permitís, nos iremos; tenemos que llevar todo eso allá bajo... y si no nos despachamos, podria cogernos la tempestad.

Lambert. Id! y valor! (*Todos se van.*)

ESCENA II.

LAMBERT.

La alegría de esta buena gente me habia vuelto un momento la mia... y sin embargo, una voz se levantaba ya para acusar á Elisa. Pobre niña! á pesar de mi solicitud y de las precauciones que hemos tomado, sospechan (lo veo) la triste verdad. Si no se decide á cumplir el doloroso sacrificio que voy á exigirla, no podremos ocultar por mas tiempo el secreto que espian y casi adivinan ya: si se descubre...! la infeliz se pierde para siempre... aqui viene... vamos, tengo que darle aun este último golpe.

ESCENA III.

LAMBERT. ELISA. MARIANA.

(*Elisa viene apoyada en el brazo de Mariana : Lambert sale á su encuentro.*)

Elisa. El señor cura! (*Con alegría.*)
Lambert. Me parece, hija mia, que es algo largo el paseo que acabais de dar.
Elisa. Oh! no: me siento bien ; ademas sabia que os encontraria aqui! me consuela tanto el veros! el oiros hablar!
Lambert. Querida Elisa! (*Apretándola la mano.*)
Elisa. Solo Dios sabe lo indulgente y bondadoso que sois para mí!
Lambert. No es mi mision socorrer y perdonar? y bien, por qué llorais? (*Viendo á Elisa llorar.*)
Elisa. Porque á tantos beneficios no puedo responderos mas que con lágrimas.
Mariana. Reprendedla, señor cura, decidla que ya que no puede remediar su desgracia, que tenga resignacion... mientras estais á su lado todo va bien; pero asi que no os ve, vuelve á caer en una tristeza que al cabo notarán... y todo el mundo no ha hecho voto como vos de caridad, señor cura.
Lambert. Vuestra tia tiene razon, Elisa; es necesario que tengais prudencia y precaucion : el mundo es implaca-

ble para el que comete una falta... ya la sospecha os rodea... no necesitan mas que un débil indicio para descubrirlo todo.

Elisa. Pues bien, yo humillaré la frente! yo sufriré como en espiacion toda la amargura y dolor que el Señor quiera enviarme!

Lambert. No, hija mia...! guardad el secreto de vuestra falta, y no deis armas á la maledicencia; pensad que vuestro honor, es el de vuestra familia; ay! á ese honor debeis hacer aun un doloroso sacrificio!

Elisa. Hablad... estoy pronta.

Lambert. Es preciso que por algun tiempo al menos os separeis de vuestro hijo.

Elisa. Cielos!

Mariana. Sí, el señor cura tiene razon; es necesario, indispensable.

Elisa. Pero mi hijo es el solo gozo, el único consuelo que me queda... todo el amor que tenia en el corazon, en él lo he depositado... toda mi vida está pendiente en su mirada... en los cuidados, en los besos que le prodigo á cada momento... ah! que el desprecio y el odio me cerquen...! yo tendré valor para soportarlo, pero separarme de mi hijo, señor, es imposible!

Lambert. Pobre Elisa! conozco cuánto debeis sufrir... pero no es solo la precaucion la que me hace imponeros tan cruel separacion: quereis por esceso de ternura esponeros á perder el hijo que tanto amais?

Elisa. Perderlo!

Lambert. No podeis sin comprometer vuestros dias y los suyos, prodigarle los cuidados maternales... el médico lo ha declarado seriamente á vuestra tia y á mí.

Elisa. Peligra su vida! no! no vacilo mas... hablad, qué debo hacer?

Lambert. He prevenido á una honrada aldeana que habita una choza aislada por el camino poco frecuentado de Santa Cruz. Todo se lo he revelado; no temais; guardará el mayor silencio. A las nueve, para mas seguridad, llevaremos vuestro hijo á casa de esa buena muger, que tendrá con él el mayor cuidado. Tened, ahi (*Sacando un papel.*) está su nombre... su habitacion no está lejos de aqui... Id con Mariana á prevenirla que esta noche iremos. (*Elisa ha caido en una profunda meditacion,*

la cabeza inclinada sobre el pecho; parece escuchar maquinalmente. El cura lo conoce y la observa en silencio.) Y qué, Elisa, no me respondeis... qué teneis?

Elisa. Yo... nada... decís bien... sí, debemos (*Volviendo en sí.*) ir pronto á la casa de esa muger, que mas dichosa que yo, podrá dar á mi hijo la vida y la salud... vamos, tia.

ESCENA IV.

LAMBERT. *Despues* JORGE.

Lambert. Pobre jóven... podré alguna vez volver la tranquilidad á su alma? ya es la hora de la estraña cita que me han dado. (*Saca un billete del pecho.*) "Uno que desea hablar con vos, os suplica que esteis á las seis en la cruz de piedra." Y no hay firma... qué pueden desear de mí... ó mas bien quién me habrá escrito esto...! (*Se presenta Jorge, se acerca al cura y le dice saludándole.*)

Jorge. Yo!

Lambert. Vos!

Jorge. Perdonadme si no he ido á vuestra casa; pero un motivo que no os puedo esplicar en el momento, me ha hecho elegir para hablaros este sitio apartado.

Lambert. De qué se trata, caballero?

Jorge. Antes de todo os debo volver esta carta (*Dándole una carta.*) que habeis dirigido al baron Victor de Francheville.

Lambert. Cómo se halla en vuestro poder? (*Tomándola.*)

Jorge. Básteos saber que en adelante toda misiva de esta naturaleza será inútil. Con dolorosa sorpresa ha sabido la baronesa por esta carta, las terribles consecuencias de la falta de Elisa, y aunque no abandonará ni á la madre ni al hijo, quiere poner al que ella llama suyo, al abrigo de todo ruido escandaloso... Hé aqui pues lo que mi prima me ha encargado de preponeros.

Lambert. Os escucho, caballero.

Jorge. Por una casualidad dichosa el nacimiento del hijo de Elisa es todavía un misterio; pues bien, se puede llevar á Tolosa y depositarlo en el hospicio de niños huérfanos; una señal le podrá hacer reconocer; mas sin ponerle ningun nombre que pueda designar á sus padres; llena esta formalidad, la baronesa irá un dia

como casualmente al hospicio, verá al niño, le dará lástima y hará que lo crien á su costa, pero Elisa renunciará á los derechos que tiene sobre él.

Lambert. Poco conoceis á Elisa, caballero, si creeis que ella acepte nunca lo que la proponeis... y aun la evitaré yo el dolor de escucharlo.

Jorge. Pero señor Lambert, permitidme haceros observar, que asi aseguraba el porvenir de ella y de su hijo.

Lambert. Mientras yo viva, Elisa tendrá en mí un protector, un padre...

Jorge. Creo conocer bien vuestras ideas; esta carta es una prueba de ellas.

ESCENA V.

DICHOS. ANDRES.

(*Andres, cubierto de polvo, tiene un baston en la mano. Su trage indica que acaba de hacer un largo viaje á pie. Al ver á Lambert y á Jorge se detiene en el foro y escucha.*)

Lambert. Qué quereis decir, caballero?

Jorge. Que el cariño que teneis á Elisa os hace ver la posibilidad de unirla un dia á Victor; pero os lo he dicho y os lo repito, Victor está casado.

Andres. Y yo os digo que mentís, señor mio. (*Se coloca entre los dos.*)

Jorge y *Lambert.* Andres!

Andres. El baron de Francheville es un jóven honrado que engañaban en París, mientras que aqui se engañaba á Elisa.

Lambert. Ah! señor! (*Mirando á Jorge.*)

Andres. Yo sabia que habiais escrito al señor Victor, (*Al cura.*) y viendo que no recibiais contestacion, viendo á Elisa tan mala que desesperabais de su vida, sin decir nada á nadie, resolví ir á ver al señor baron, y lo he visto.

Jorge. Has osado...

Andres. Yo bien temia que habia una picardía oculta en todo esto, y quise saber á qué atenerme... se intercepta una carta, pero un hombre no es tan facil escamotarlo; ade-

mas, que en París como aqui he tomado mis precauciones; no he ido á su casa, donde habria espías; nada de eso; he esperado al señor Victor en la calle, y allí se lo he dicho todo.

Jorge. Cómo?

Andres. Le he dicho que Elisa era desgraciada; que estaba enferma, casi muriendo por su abandono. Entonces él me ha contestado que nunca ha pensado en el rico casamiento de que hablan aqui... ha añadido que ha escrito á Elisa, y que sin duda han cogido sus cartas como han cogido la vuestra, señor cura; me ha asegurado que la amaba, que siempre la amaria, y que será su esposo; qué os parece, señor Jorge? En fin, él me ha pedido que mientras llegaba, viniese pronto á tranquilizarla. Quiso tambien darme dinero, porque decia: no llegarás tan pronto como yo deseo; pero no he aceptado nada, y he venido, como fuí, á pie, que es mi tren de posta. Oh! bien de prisa se anda cuando el corazon hace mover los pies.

Lambert. (*Apretándole la mano.*) Bien, muy bien, Andres! Qué podeis decirme ahora, caballero? (*A Jorge.*)

Jorge. Puedo deciros que Victor se ha dejado arrastrar por una pasion insensata... Creeis que sea esposo de Elisa? nunca su familia, que se ve en una posicion tan elevada, consentirá en esa union: pensadlo bien, pues os interesais por ella, y no desperteis en el corazon de Elisa una esperanza fatal; mas os diré, es prudente é indispensable el que no se vean; cuento con vos para esto. No os digo ya nada sobre la proposicion que hace un instante os hice... pero que Elisa se aleje... que deje este pais, donde no será dichosa; que escoja el retiro que quiera, y os juro que las bondades de la baronesa le asegurarán para siempre su bienestar.

Andres. (Qué suavidad!) (*Con ironia.*)

Lambert. Ay de mí! digna era de mejor suerte. Pero veo con dolor que para poner un término á sus penas, sería menester, como vos decís, introducir la desunion en una noble familia, y con toda la generosidad de su alma, Elisa rehusaria recurrir á semejante medio. Asi para no affligirla mas, la ocultaré todo lo que ha dicho Andres.

Andres. Cómo, señor cura?

Lambert. Sí, amigo mio, nada se debe decir de tu viaje á París.

Andres. Pero si...

Lambert. Yo te lo suplico.

Andres. Callaré, callaré. (*Tristemente.*)

Lambert. Mañana hablaré á Elisa; la decidiré á partir, y la conduciré al seno de mi familia, que la adoptará, y alli todo la será perdonado, porque yo diré cuánto ha sufrido!

Jorge. (*Inclinándose.*) Voy á transmitir vuestra promesa á mi prima, que con el mayor placer se unirá á vos para asegurar á Elisa una existencia tranquila y dichosa. (*Jorge saluda respetuosamente al cura, que le devuelve el saludo con frialdad. Andres hace un movimiento de cólera y de impaciencia.*)

ESCENA VII.

LAMBERT. ANDRES.

Andres. Perdonadme, señor cura, pero no puedo menos de deciros que habeis hecho mal en dejaros atrapar por ese señor Jorge. No debiais haber consentido.

Lambert. Te engañas; la prudencia me mandaba observar esta conducta... ya verás mas tarde que he hecho bien... Silencio; viene Elisa y su tia.

ESCENA VIII.

DICHOS. ELISA. MARIANA. *Despues* BAUTISTA.

Andres. (*Bajo al cura.*) Dios mio! cómo ha cambiado en este mes que no la he visto!

Lambert. (*Lo mismo.*) Es que el sufrimiento y la desesperacion pueden mucho.

Elisa. (*Bajo á Mariana.*) Tia mia, el valor y las fuerzas me faltan.

Mariana. (*Lo mismo.*) Vamos, sé razonable.

Andres. (*Acercándose.*) Elisa!

Elisa. (*Sorprendida y yendo hácia él.*) Andres!

Mariana. De dónde venís? nos habeis tenido inquietas.

Andres. Yo lo agradezco mucho... (*Tituveando.*) Es que... yo... creía volver mas pronto... y...

Mariana. Marchar sin decir nada...!

Lambert. Yo tambien le acusaba, pero ahora que sé los motivos de su viaje...!

Bautista. (*Entrando.*) Señor cura!

Lambert. Ah! eres tú, Bautista: qué me quieres?

Bautista. (*A media voz.*) La señora baronesa está en el presbiterio y me manda á deciros...

Lambert. (*Bajo.*) Bien. (Elisa, esta noche á las nueve.) Venid conmigo, Mariana; tengo que hablaros! (*A Elisa.*) Valor y resignacion, hija mia. Hasta la noche! (*Vase con Mariana y Bautista.*)

ESCENA IX.

ELISA. ANDRES.

Andres. (*Ap.* Cómo ha de ser, callaré.) (*Alto.*) Apoyaos en mi brazo, Elisa, y os conduciré hasta vuestra casa. En llegando allí me despido de vos para bastante tiempo.

Elisa. Qué, Andres, os vais otra vez?

Andres. Sí, porque me desespera veros sufrir y no poder consolaros.

Elisa. Y dónde os vais?

Andres. Voy á hacer un viaje largo... á dar la vuelta á Francia... me detendré dos ó tres años... trabajaré... y cuando vuelva con alguna fortuna... tal vez el tiempo habrá hecho un milagro, y os encuentre dichosa.

Elisa. Andres, hay sucesos que hieren sin matar, pero cuando dejan un dolor contra el cual todos los consuelos se estrellan, la vida es un suplicio, y la muerte sería un beneficio de Dios!

Andres. (*Ap.* Pobre Elisa! y el señor cura que me ha prohibido...)

Elisa. Partid, Andres, partid, hermano mio, y cuando volvais, si vais á ver en un rincon del cementerio el sitio que ocupe, entonces podeis decir: ya ha acabado de sufrir.

Andres. Qué es lo que decís? no volver á veros!

Elisa. El casamiento de Victor me mata.

Andres. (*Ap.* No, no puedo mas!) (*Alto.*) Y si el señor Victor no estuviera casado?

Elisa. Qué dices?

Andres. Si siempre os amara?

Elisa. Él!

Andres. Sí por cierto; el señor cura dirá que falto á mi promesa, pero Dios me perdonará... no se puede ver sufrir á una pobre criatura y guardar para sí el secreto que la puede salvar. No, Elisa, no; el señor Victor no está casado... os ama siempre; pronto se pondrá en camino... qué digo? esta misma noche llegue.

Elisa. Esta noche! cómo lo sabeis? quién os lo ha dicho?

Andres. Él!

Elisa. Victor! le habeis visto?

Andres. Y le he hablado.

Elisa. Vos?

Andres. En París, adonde fuí espresamente.

Elisa. Oh! Andres! mi buen Andres...! hermano...! Oh! habladme de él!

Andres. Le engañaban, como os quieren aun engañar á vos... Sí, os quieren alejar de aqui, quieren que dejeis este pais; el señor cura lo ha prometido; mañana os debe llevar á otra parte: pero no vayais, Elisa, porque con el señor Victor vuelve para vos la felicidad!

Elisa. Oh! no, no puedo creeros... es imposible... es un sueño!

Andres. Os digo que es verdad. Si no tengo la misma manera de ver las cosas que el señor cura, es porque él no tiene por vos mas que amistad, y puede veros llorar y callarse, pero yo... yo, Elisa, no tengo valor para eso... ya lo sabeis todo: no os desconsoleis mas, porque el amor del que amais acabará lo que ha empezado mi cariño... (*Momento de silencio.*) y ahora que no puedo hacer nada por vos, Elisa, me marcho. (*Abraza á Elisa con efusion: despues coge el sombrero y echa á andar.*)

Elisa. Andres! Andres!

Andres. A Dios, Elisa.

Elisa. (*Queriendo detenerle.*) Andres! hermano!

Andres. A Dios, Elisa; á Dios, hermana mia. (*Se aleja rápidamente.*)

ESCENA X.

ELISA. *Despues* JORGE.

Protegedle, Dios mio! que sea tan dichoso como es noble su corazon...! pero el tiempo pasa, y á las nueve deben venir el cura y Mariana! Oh! no los seguiré... no... Victor

me ama... debe llegar pronto! y sin embargo aun no sabe el lazo sagrado que nos une... pero lo sabrá... iré al castillo con mi hijo esta noche y le diré: hénos aqui... los dos somos tuyos... protégenos... sálvanos... oh! él me ama y no querrá que me separen de mi hijo... para no ser vista saldré por el jardin. Vamos pronto. (*Sale por la izquierda. Jorge entra sin verla por la derecha.*)

Jorge. Esperaré un momento. Delante de Lambert mi turbacion me perderia. Qué fatalidad! al volver al castillo hemos encontrado á Victor, mas enamorado que nunca; pero aun no sabe sino la mitad de la verdad. Si vuelve á ver á Elisa, si sabe que es madre, su amor crecerá y nada podrá impedir tan maldita union! Carolina ha comprendido al fin la eminencia del peligro; á todo precio "separadle" me ha dicho "de Elisa." Y yo he jurado que Victor no veria mas ni á esa muger ni á su hijo! en ello estriba mi suerte... la fortuna de Carolina debe ser la mia un dia... y no me la arrebatarán. Antes de todo veamos al cura para que apresure la ejecucion del plan que hemos convenido; no mañana, sino ahora mismo, al instante es preciso que deje este pais; engaños, amenazas, violencias, todo lo emplearé si es preciso... Alguien viene por este lado. (*Va á salir y se detiene.*) Una muger...! Elisa...! sí, ella es... sola y á esta hora dónde puede ir? veamos. (*Se oculta detras de la Cruz; sale Elisa cubierta con un manto, con el que tapa á su hijo.*)

Elisa. Nadie me ha visto... por qué tiemblo ahora! no hace un momento que estaba llena de valor... no está Victor en el castillo? no me es fiel?

Jorge. (Andres la ha hablado.) (*Aparte.*)

Elisa. Victor defenderá á su hijo.

Jorge. (Su hijo!) (*Aparte.*)

Elisa. Me parece haber oido... no, estoy sola. (*Arrodillándose delante de la Cruz.*) Dios mio, sostenedme, y amparad á mi pobre hijo! (*Ruido.*) Cielos! no... nada... al castillo! (*Levantándose.*)

Jorge. Si llega, todo se ha perdido.

Elisa. Este sendero me acortará el camino.

Jorge. El de Bruyeres! es de noche y estamos solos...! (*Se quita la corbata y se tapa la cara.*) Vamos. (*Se va por donde Elisa.*)

ESCENA XI.

ANDRES. PEDRO. TOMAS. ALDEANOS, *llegando por el lado opuesto.*

Andres. Gracias, amigos mios; no quiero que me acompañeis mas lejos.

Pedro. Iremos hasta el molino grande.

Andres. Es inútil; voy á ir por el camino que atraviesa el precipicio. Algo malo es, pero lo conozco bien, y asi adelantaré dos leguas.

Pedro. Pues que no quieres que te acompañemos mas, danos la mano.

Andres. A Dios, amigos... á Dios. (*Les da la mano y se aleja por el camino que está mas abajo del que han tomado Jorge y Elisa.*)

Pedro. A Dios! buen viaje! (*Le sigue con la vista.*)

Tomas. No te parece que Andres no (*A Pedro.*) es el mismo desde hace algun tiempo?

Pedro. Yo lo creo! cuando uno está enamorado...

Elisa. Socorro! socorro! (*Dentro.*)

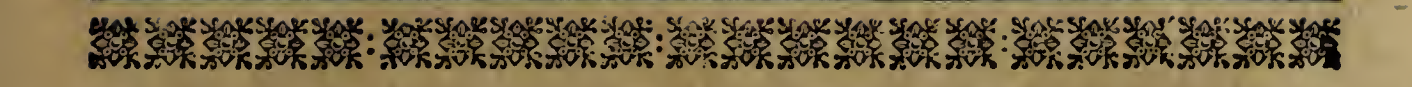
Todos. Qué es eso? Elisa! (*Corren al lado donde sale la voz. Elisa aparece en la altura pálida; el pelo suelto; su rostro espresa el desorden de sus ideas; trae en la mano un pedazo del manto que cubria á su hijo.*)

Elisa. Hijo mio! hijo mio!

Todos. Su hijo.

Elisa. Alli está! alli! muerto! muerto! Ah! (*Quiere volver, pero las fuerzas y la voz la faltan y cae desmamayada. Los aldeanos la rodean.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

Interior de la casa de Mariana: puerta al fondo que da al patio. A la derecha del espectador y en el fondo una puerta de dos hojas qne cuando se abre deja ver parte del cuarto de Elisa, en el que hay una cuna. En el mismo lado en segundo término la puerta del granero; á la izquierda en segundo plan una escalera con pasamano que conduce al jardin: en el mismo lado y en primer término un armario bastante grande, sobre el que hay un nicho con una Vírgen. Muebles sencillos. Al levantarse el telon, Mariana tiene la puerta del cuarto de Elisa entreabierta.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA. *Al momento* LAMBERT.

Mariana. Qué noche! Dios mio...! pobre Elisa. (*Llaman.*) Quién es...? no me atrevo á abrir.

Lambert. (*Llamando, dentro.*) Mariana! Mariana!

Mariana. Ah, es el señor cura! (*Abre.*) Vos, señor! habeis pasado casi toda la noche aqui, y volveis al amanecer?

Lambert. Deseaba saber de Elisa...! cómo está?

Mariana. Un poco mejor... pero ha perdido la razon... me mira sin conocerme, dice que su hijo ha muerto!

Lambert. Ah!

Mariana. Pero vos sabreis algo mas de lo que ella habla?

Lambert. Al salir anoche de aqui, fuí á casa de Pedro: alli habia algunos de los que ayudaron á traer á Elisa, y todos decian que como Genoveva Berard, habia querido sepultar su falta en el abismo de Bessac!

Mariana. Vos no lo creereis, señor cura!

Lambert. Desde ayer me pierdo en vanas congeturas: Elisa pareció comprender la necesidad de separarse de su hijo... á las nueve iba á venir yo para acompañarla... Por qué salió á las ocho llevándose á su niño? por qué siguió el camino de Bruyeres, que es contrario al que debia conducirnos á Santa Cruz?

Mariana. Habrá cometido tan espantoso crimen!

Lambert. Tal vez en un momento de delirio... pero queda una esperanza...

Mariana. Cuál?

Lambert. Pedro me ha prometido ir á esplorar el camino de Bruyeres; bajará todo lo que pueda hasta el abismo de Bessac, y si descubre algun indicio...

Mariana. (*Va á la ventana.*) Alguien viene! es el señor Victor.

Lambert. Anoche llegó, todavía no sabrá nada.

ESCENA II.

DICHOS. VICTOR *entra vivamente, ve á Lambert y le abraza.*

Victor. Señor Lambert... querida Mariana... cuánto me alegro de veros... pero y mi Elisa, dónde está?

Lambert. (*Aparte.* Qué le diré.)

Victor. Y bien, no me respondeis? está mala?

Lambert. (*Con embarazo.*) No, pero sí ausente; ignoraba vuestra venida, y ha ido á Tolosa.

Victor. No os previno Andres...?

Lambert. Andres no creía que llegariais tan pronto.

Victor. Cuánto lo siento!

Lambert. Vamos, calmaos!

Victor. Apenas instruido por él de todo lo que pasaba aqui... ya conocereis que cada minuto de retardo sería para mí un siglo... Acusaba la lentitud de los caballos, hubiera querido devorar el espacio, porque sabia que Elisa padecia... pero ella debia haber conocido que la amistad exagerada de Jorge y la vanidad de mi madre política habian inventado una fábula para engañarla... apenas he llegado les he dicho todo lo que debian temer si me hubieran arrebatado la sola muger que he amado... se han escusado, dicen que se arrepienten, y quieren venir á pedir á Elisa perdon por las penas que la han

causado... pero dejemos eso; no pensemos mas que en mi júbilo, en mi dicha... Andres no me lo ha dicho todo... Mariana... señor Lambert... (*Se levanta.*) habladme de mi hijo... es un niño...? será hermoso, no esciertо? tanto como es bella su madre... Qué dichoso soy... oh! cuánto le amaré!

Lambert. (*Aparte.* Me destroza el alma.)

Victor. (*Dándole la mano.*) Señor Lambert, en adelante nuestras separaciones no serán tan largas... algunos triunfos ganados en el foro de París, y mas que ellos el recuerdo de mi padre, otras veces presidente del tribunal de Tolosa, han hecho que me designen para llenar en dicho tribunal las altas y nobles funciones de juez; yo viviré alli, y vos no os separarais de Elisa, que tanto quereis.

Lambert. Sí, algunas veces que la pobre jóven os llamaba inútilmente y desesperaba ya de volveros á ver, yo la alentaba y la decia, que cuando la divina Providencia nos envia males que sufrir, es de nuestro deber soportarlos con resignacion...

Victor. Y ella sin quejarse, sin acusarme, doblaba la frente y se resignaba...

Lambert. (*Con intencion.*) Como vos hariais si á vuestra llegada aqui, el cielo os hubiera guardado un pesar... un dolor inesperado...

Victor. Qué lenguaje... volveis los ojos...! Ah! yo quiero ver á Elisa! si está en la ciudad, Mariana, iremos á buscarla, me conducireis por el camino que ella tome de ordinario: pero quiero verla, lo oís? Venid. (*Va á la puerta; el cura y Mariana quedan inmóviles; Victor se vuelve, los examina en silencio; su fisonomia toma una espresion de terror; se coloca entre los dos y dice con voz sombria.*) Os digo que quiero verla!

Mariana. (*Indecisa.*) Es que...

Victor. Acabad!

Lambert. Elisa...!

Victor. (*Mirando á Mariana.*) Y bien... Mariana, llorais? Ah! Elisa ha muerto! Elisa! Ah! (*Corre á la puerta de su cuarto. Elisa sale vivamente; él se detiene al ver el desorden de sus vestidos y la espresion estraña de su figura. Retrocede espantado.*)

ESCENA III.

DICHOS. ELISA.

Elisa. Quién me llama... esa voz...! era la suya! ah! no es: por qué me ha abandonado!
Lambert. Comprendeis ahora?
Victor. (*A Elisa.*) Ah! pero eso es horrible! Elisa!
Elisa. No sabeis... Victor no me quiere ya... va á casarse, á casarse con otra, mas bonita, mas rica que yo!
Victor. Dios mio!
Elisa. Os ha enviado para decirme que me olvida? pero yo le amaré siempre... Andres va á venir por mí esta noche... Andres es mi hermano; él me llevará á París... no se lo digais al señor cura, ni á Mariana tampoco... voy á escribirle. (*Se sienta en una silla sumergida en su meditacion.*)
Mariana. Desgraciada.
Victor. Elisa, Elisa, no reconoces á Victor? (*Se pone de rodillas delante de ella, la coge la mano. Elisa le deja hacer y le mira con dulzura.*)
Elisa. Victor! sí, es su nombre... y mi hijo se llama como él.
Victor. Mírame, Elisa! Victor! soy yo! (*Le mira Elisa.*)
Elisa. Tú! (*El cura y Mariana siguen esta escena con ansiedad y se acercan á ella.*)
Victor. Y vengo para hacerte mi esposa.
Elisa. (*Sonriendo.*) Tu esposa?
Victor. Y para reconocer á tu hijo.
Elisa. Mi hijo! (*Con espanto. Mariana hace un movimiento para ir con Elisa y el cura la detiene.*)
Lambert. Silencio!
Elisa. Oh! no pronuncies esa palabra; es mi deshonor...! está alli oculto en un rincon de mi cuarto; todas las madres se llenan de orgullo con sus hijos, pero yo escondo el mio... sus gritos, que me llegan al alma, los tengo que sofocar para que no sospechen que existe... pero por la noche cuando estoy sola, y todo está cerrado, lo miro con delicia, porque es tan hermoso...! alli ruego por él; alli pido á Dios que le vuelva su padre. (*Muestra el nicho donde está la Virgen.*)

Victor. Su delirio me mata. (*Al cura y á Mariana.*)
Lambert. Valor, amigo mio, valor.
Victor. Elisa, tu hijo, es el mio tambien... yo le querré tanto como te quiero á tí...! Oh! reconóceme, Elisa, reconóceme... mira este anillo, es el que me diste cuando juramos delante de esta santa imagen ser el uno para el otro.
Elisa. Este anillo! (*Su fisonomía toma otra espresion, parece recoger sus ideas: un momento de silencio, durante el cual todos miran á Elisa; ella fija sus miradas en Victor y esclama:*) Ah! tú eres Victor! tú eres!
Mariana. Ah, señor cura, el cielo nos ha oido!
Lambert. Chit!
Elisa. Andres no me habia engañado; con que me amas siempre? Nô abandonarás á tu hijo?
Victor. No, no: para tí y para él toda mi vida.
Elisa. Ah! sí! sí! tú eres! si vieras cuánto he sufrido! pero ya estoy contenta! nuestro hijo está allí en su cuna; ven, ven á besarle. (*Lo lleva hácia su cuarto.*)
Mariana y *Lambert.* No entreis!
Elisa. Ah! no me acordaba! (*Abre la puerta, descorre las cortinas de la cuna, que está vacia, y da un grito.*)
Victor. Nuestro hijo?
Elisa. Ha muerto! (*Cayendo á la derecha en una silla.*)
Victor. Muerto! (*Estupor de Victor: la figura de Elisa espresa de nuevo el trastorno.*)
Lambert. Ayer por la noche salió furtivamente llevándoselo, y á poco la encontraron sola y desmayada sobre el borde del precipicio que costea el camino de Bruyeres. Cuando volvió en sí habia perdido la razon, y no hemos podido obtener de ella mas palabras que las que habeis oido.
Victor. Ah, señor Lambert. (*Cayendo en los brazos del cura.*)

ESCENA V.

DICHOS. LA BARONESA. JORGE. *Despues* PEDRO.

Jorge. Qué es lo que acabo de saber! (*Hipócritamente.*) Elisa acusada de infanticidio!
Victor. De infanticidio! (*Corriendo á Elisa.*)
Lambert. Ah! Callad! quereis matar á la pobre loca?

Baronesa. Loca! (*Con estrañeza.*)

Victor. Sí, loca! miradla los dos! ved vuestra obra! Dejo á Dios, señora, y á vuestros remordimientos el cuidado de castigaros; en cuanto á vos, caballero...

Jorge. Victor! Escuchadme.

Lambert. Señor, solo en ella se debe pensar. (*Colocándose entre los dos.*) Nada nos prueba todavía que sea culpable.

Victor. Ella culpable! imposible! (*En este momento entra Pedro, trayendo en la mano un pedazo de manto ensangrentado: estupefaccion general.*)

Lambert. Pedro!

Pedro. Acabo de venir de allí abajo, (*A media voz.*) y he encontrado...

Victor y *Lambert.* Qué?

Pedro. Este pedazo de tela...

Mariana. Es del manto de Elisa.

Pedro. Estaba sobre el borde del abismo de Bessac.

Lambert. El abismo de Bessac!

Pedro. Y...

Victor, *Lamber*, *Mariana.* Y bien?

Pedro. Y... está manchado de sangre.

Jorge. De sangre! (*Oculta vivamente su mano derecha.*)

Victor. Ay! la sangre de mi hijo! Quién le ha muerto! oh! quién es el asesino! nómbrale, Elisa, nómbrale. (*Elisa, que vuelve en sí, se levanta y corre á ponerse entre Victor y Jorge: le arranca á Victor el pedazo del manto.*)

Elisa. Esperad! esperad!

Victor. Volvedla la razon, Dios mio!

Jorge. (No pudo reconocerme.)

Elisa. Tengo una prueba!

Lambert. Qué dice!

Victor. Una prueba!

Elisa. Sí.

Victor. Habla! Habla! (*Todos se agrupan con ansiedad al rededor de Elisa menos Jorge, que se aleja un poco mirándola muy turbado, y llevándose la mano al pecho.*)

Jorge. Ah! ya me acuerdo!

Elisa. Aquí está! (*Metiendo la mano en el pecho.*)

Lambert. Dadnos, Elisa! (*Se registra.*)

Jorge. (Soy perdido.) (*Aparte.*)

Baronesa. (Cómo se turba.) (*Aparte, mirando á Jorge.*)
Elisa. No la tengo! (*Despues de buscar.*)
Victor, Lambert, Mariana. Ah!
Elisa. Esta noche... cuando estaba (*Como herida de otra idea.*) sola aqui... la oculté.
Lambert, Victor. Dónde ?
Jorge. Dónde, Elisa ?
Elisa. Quereis quitármela ? (*Trastornada.*)
Victor. Queremos salvarte ; esa prueba...
Lambert. Dádnosla! (*Despues de un largo silencio.*)
Elisa. Sino sé... no me acuerdo... por momentos temo volverme loca... lágrimas...? por qué he llorado? oh! era un sueño... sí, un sueño...! porque Dios es bueno, y no arrebata á las pobres madres el tesoro que les ha enviado, y el mio está alli. No temais, (*Quiere ir á su cuarto y la detienen.*) rezaré muy bajo para no despertarlo, porque su sueño, es el sueño de los ángeles! (*Entra en su cuarto y se arrodilla delante de la cuna.*)
Victor. Elisa! Elisa! (*Cayendo en una silla.*)
Lambert Seguidla! (*La baronesa y Mariana entran y cierran la puerta.*)
Pedro. Perdonad, señor cura ; pero (*Que ha estado mirando por la ventana.*) me parece que si quereis librar á la pobre Elisa debeis apresuraros. Cuando he venido habia ya mucha gente en la plaza, la acusaban; decian que era preciso entregarla á la justicia... los magistrados van á ser instruidos, y de un momento á otro pueden venir á prenderla.
Lambert. Prenderla!
Victor. Yo la defenderé. (*Levantándose.*)
Lambert. Vuestros esfuerzos serian inútiles. Bien que en el estado que se encuentra será imposible juzgarla ni condenarla; me parece que debemos sustraerla á la justicia.
Victor. Teneis razon ; debe partir, alejarse.
Lambert. Pedro, tú nos ayudarás.
Pedro. Sí, señor cura, contad conmigo; qué debo hacer ? yo estoy pronto.
Victor. Gracias, Pedro, gracias! (*Le aprieta la mano.*) Esperad! (*Al cura.*) Mariana, Mariana, (*Mariana abre el cuarto de Elisa.*) haced todos los preparativos para un viaje.
Mariana. Para un viaje!

Victor. Sí, Mariana; vais á dejar este pais dentro de media hora; un coche os esperará á la puerta de vuestro jardin, que afortunadamente da á una calle aislada.

Mariana. Pero señor...

Victor. Pedro recibirá mis instrucciones; él os conducirá.

Mariana. Pero si...

Victor. Os digo que es preciso: id pronto.

Mariana. Voy, señor. (*Vase.*)

Lambert. Iré á la plaza; haré por calmar el furor de los que acusan á Elisa, y facilitaré por este medio su evasion.

Jorge. (No salgo de aqui.) (*Aparte, mirando al cuarto de Elisa.*) Yo me quedaré para defenderla si es necesario.

Lambert. Sí, sí, quedaos.

Victor. Ayudadnos al menos á reparar el mal que habeis hecho. Venid. (*Al cura y á Pedro.*)

ESCENA VI.

JORGE. LA BARONESA.

(*El cura, Victor y Pedro salen por el fondo; la baronesa sale del cuarto de Elisa, se detiene en la puerta y mira á Jorge.*)

Jorge. Aun estais aqui, Carolina? por qué me mirais asi?

Baronesa. Antes de interrogarme respondedme vos, (*Cerrando el cuarto de Elisa.*) caballero. Cuando Elisa protestaba su inocencia, cuando parecia mostrar una prueba de ella, por qué os habeis puesto pálido? por qué habeis temblado?

Jorge. Yo?

Baronesa. Sí, lo he visto.

Jorge. Habeis vos sido mas dueña que yo de vuestra emocion? qué quereis inferir por el interes que no he podido ocultar?

Baronesa. Que Elisa es inocente, que no ha muerto á su hijo.

Jorge. Y en quién osais sospechar?

Baronesa. Vos me lo preguntais...?

Jorge. En quién, señora?

Baronesa. En vos!

Jorge. En mi! (*Con cólera.*)

Baronesa. Oh! hablad mas bajo, y justificaos, caballero; pues ya sabeis que ahora vuestro oprobio sería el mio; disipad estas dudas que me destrozan el alma, esplicadme por qué estraña coincidencia ayer por la noche, apenas habia llegado Victor, y precisamente á la misma hora que se cometió la muerte del niño, habiais salido misteriosamente del castillo! por qué era vuestra turbacion al volver! por qué vuestros vestidos estaban en desorden y vuestra mano ensangrentada! responded á todo esto caballero, responded!

Jorge. Acusado por vos, Carolina!

Baronesa. Ah! responded!

Jorge. Pues bien, señora, consiento! informado de la pronta venida de Victor, habia persuadido al cura Lambert á que separase á Elisa de su amante. Al ver al baron llegar mas pronto de lo que pensabamos, corrí á casa de Lambert para hacer que se llevase á Elisa al momento. Desgraciadamente no lo encontré: para no despertar sospechas y llegar mas pronto, pasé por el parque y me herí al cerrar la verja. En cuanto á la turbacion que notasteis en mí, era el resultado de la contrariedad que sentia al ver que nuestros proyectos iban mal. Hé aqui, señora, la contestacion á vuestras preguntas, y la esplicacion de mi conducta.

Baronesa. Ay, Jorge! quiera Dios que digais verdad!

Jorge. Hé ahí lo que son las mugeres; audaces en el pensamiento y débiles en la ejecucion! Esa fortuna que ambicionais para vuestra hija, iba á pasar á manos estrañas. Todo estaba perdido, y temiais! la casualidad, ó la fatalidad si quereis, nos vino á ayudar, y de repente el miedo os aterra! Sin duda las cosas han ido mas lejos de lo que queriamos... yo siento como vos el delirio de Elisa y el crimen que la ha hecho cometer... salvémosla... pero no debilitemos cuando vamos á tocar el cabo de nuestros deseos.

Baronesa. Oh! al menos acordaos de vuestra promesa! salvadla, salvadla!

Jorge. Callad! (*Viendo abrirse la puerta de Elisa.*)

ESCENA VII.

DICHOS. MARIANA.

Mariana. Un coche acaba de pararse delante de la puerta del jardin.

Jorge. Aseguraos bien de si es el que debe conducir Pedro. (*A la baronesa.*)

Baronesa. No perdamos un momento; venid, Mariana, venid!

ESCENA VIII.

JORGE. *Despues* ELISA.

Por fin estoy solo, solo con Elisa, que está alli... que posée mi secreto... que puede perderme; porque la prueba que decia es la cadena que llevaba y que se romperia en la lucha que tuvimos... oh! es menester que me la vuelva... asegurémonos bien. (*Va á mirar hácia afuera al lado que da al jardin. Durante este tiempo sale Elisa de su cuarto, y va á arrodillarse delante de la Virgen como hizo en el segundo acto delante de la Cruz.*)

Elisa. Nadie me ha visto; sostened y amparad á mi pobre hijo!

Jorge. No hay nadie... ah! ella es! (*Despues de mirar.*)

Elisa. He oido la voz de Victor, estaba alli: (*Se vuelve. Ve á Jorge, corre hácia él, lo considera un instante; despues se aleja algunos pasos.*) vos no sois, no!

Jorge. Pero él me envia.

Elisa. Él...? por qué?

Jorge. Porque está desesperado, porque os ama, y vos no le amais!

Elisa. Yo!

Jorge. Os acusan; estais inocente; decís que teneis una prueba, y no quereis darla... Esa prueba, Elisa... no era una cadena (*Mira al rededor.*) con un medallon?

Elisa. Sí, sí, eso es!

Jorge. Dónde está? qué habeis hecho de ella? dádmela, Elisa, para llevársela á Victor.

Elisa. Sí, á Victor.

Jorge. Dadme, dadme! (*Elisa se registra de nuevo en el pecho, y en lugar de la cadena saca el pedazo de manto ensangrentado; lo mira y se lo enseña á Jorge, el que hace un movimiento de horror.*)

Elisa. No es una prueba tambien? (*Sonriendo, y guardándoselo en el pecho.*)

Jorge. Pero la cadena y el medallon...?

Elisa. Sino sé... no sé dónde está. (*Pensativa.*)

Jorge. Oh! acordaos, acordaos, porque va en ello la vida de Victor.

Elisa. De Victor!

Jorge. Quereis que os arranquen de sus brazos para llevaros al cadalso?

Elisa. Al cadalso... oh! no, no... soy inocente!

Jorge. La prueba, la prueba.

Elisa. Pero sino sé dónde está, Dios (*Buscando con ansiedad y pegándose en la frente.*) mio! si no sé!

Jorge. (Oh!) (*Aparte. Dan las cuatro; Elisa sigue los sonidos del reloj; á cada hora hace seña con la cabeza, y cuenta la hora con los dedos; su fisionomía espresa un desorden de ideas mas sombrio. La baronesa viene por el jardin, se detiene en la puerta y escucha.*)

Elisa. Las cuatro! Ah, Genoveva Berard!

Jorge. Fue castigada como infanticida, (*Como herido de una idea.*) y esta hora suena para vos.

Elisa. No... no... porque esa prueba... (*Acordándose.*)

Jorge. Y bien! (*Elisa se arrastra hasta el armario, estiende la mano á la estátua, quiere llegar, pero cae desmayada gritando.*)

Elisa. Alli, alli está...! (*Cae.*)

Jorge. Por fin... (*Va á coger la cadena; la boronesa se lo impide poniéndose delante.*)

Baronesa. Miserable!

Jorge. Carolina! (*Retrocede: la baronesa coge la cadena.*)

Baronesa. Osareis ahora decir que no sois vos el culpable?

Jorge. Callad! callad!

Baronesa. Osareis decir que no habeis muerto su hijo? Elisa! (*Va hácia Elisa: Jorge la coge de la mano, y se lo impide.*)

Jorge. Carolina, el cielo me es testigo que nada he premeditado; ella me puso en tan cruel alternativa; era preciso quitarle su hijo ó dejarla llegar hasta Victor... no temais; mis manos no se han manchado de sangre, porque el niño...

Baronesa. Y bien?

Jorge. Se lo he quitado á Elisa, pero no le he muerto, os lo juro.

Baronesa. Qué habeis hecho de él?

Jorge. Nadie lo sabrá.

Baronesa. Se lo volvereis á su madre, ó lo diré todo.

Jorge. No direis nada. (*Con frialdad.*)

Baronesa. Daré esta prueba.

Jorge. No la dareis; abrid el medallon. (*Lo mismo.*)

Baronesa. Qué me importa!

Jorge. Abridle. (*Con fuerza.*)

Baronesa. Mi retrato! (*Lo abre.*)

Jorge. Id pues á denunciarme... el abismo está abierto bajo mis pasos; pero si yo caigo, vos tambien caereis.

Baronesa. Será el castigo de mi falta, pero os quitaré la máscara.

Jorge. Y vuestra hija!

Baronesa. Mi hija! (*Dejando caer la cadena.*)

Jorge. Oh! ahora me escuchais. Os callareis, Carolina, porque no querreis legar á vuestra hija una mancha que no se borraria jamas.

Baronesa. Mi hija...! ay! bien necesito (*Con desesperacion, á Jorge.*) su presencia para soportar el horror que me causais. Elisa... pobre Elisa... Ah! ya no puedo hacer nada para salvarte. (*Se va.*)

ESCENA IX.

JORGE. *Despues* LAMBERT. VICTOR. MARIANA. ALDEANOS *y* ALDEANAS.

Jorge. Callará... Por Elisa nada tengo que temer. (*Coge la cadena y dice con frialdad.*)

Mariana. Todo está pronto para la marcha. Ah! señor, si supiérais...? oís esos (*Ruido.*) gritos? Elisa, hija mia, partamos! (*Mariana levanta á Elisa, que ha vuelto en sí; gritos lejanos.*)

Jorge. Qué gritos son esos?

Elisa. Escuchad... escuchad!

Victor. Los habitantes de la aldea, creyendo á Elisa culpable, quieren oponerse á su fuga.

Elisa. Huir, por qué?

Victor. Apenas puede contenerlos el señor Lambert. (*Gritos mas cerca.*)

Elisa. Ah! qué es lo que oigo! muerte... muerte á la infanticida!

Lambert. Huid, ó está perdida. (*Entrando.*)

Victor. Ven, Elisa, ven.

Elisa. Ah! dejadme, dejadme! (*Rechazándole.*)

Lambert. Partid! (*Gritos.*)

Elisa. Vienen á prenderme... como á Genoveva Berard... como á ella me arrastrarán al suplicio...

Victor. Ven! ven...

Mariana. Ahi estan. (*Los gritos se oyen mas cerca; rompen los cristales.*)

Victor. Llegarán tarde. (*Coge á Elisa, y se van por el jardin. Mariana los sigue.*)

Lambert. Para darles tiempo á (*Gritos.*) que huyais, ayudadme, caballero; cerremos las ventanas; barriquemos las (*Lo hacen.*) puertas; apresurad su marcha. Mi puesto es aqui. (*Jorge se va. Los aldeanos se precipitan á la escena por la puerta del granero.*)

Aldeanos. Muera!

Lambert. Hijos mios! (*Conteniéndolos.*)

Tomas. Genoveva fue entregada á la justicia; hagamos lo mismo con Elisa.

Aldeanos. Sí, sí.

Lambert. Escuchadme!

Tomas. Como es la querida de un rico, quieren salvarla! no les valdrá.

Todos. No, no!

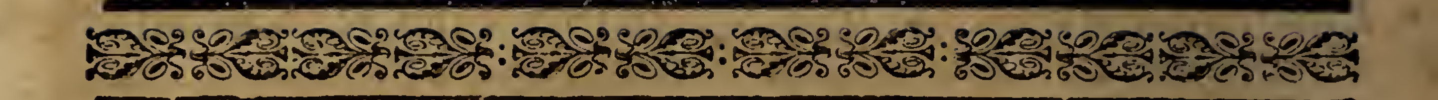
Un aldeano. Venid aqui. (*Abriendo la puerta del fondo. Un tropel de mugeres y hombres se precipitan en la escena, rompen la ventana mientras han salido los primeros.*)

Tomas. Por alli han salido: vamos, venid. (*Van á precipitarse por el jardin; Victor se presenta á la puerta con un fusil, y los apunta.*)

Victor. Al primero que avance un paso, lo mato!

Lambert. Deteneos. (*A unos y á otros. Los aldeanos retroceden; Lambert se pone en medio del teatro entre Victor y ellos.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.



Acto cuarto.

Casa del cura; habitacion baja que abre á la calle; muebles sencillos de la época; al foro una alcoba cerrada con cortinas de seda verde; al lado una puerta que da á la calle; á la izquierda, en primer término, un sillon; cerca del sillon, un biombo y una chimenea; en el mismo lado, y en tercer término, una puerta que va á la cocina y al jardin; á la derecha, y en tercer término, una gran ventana con cortinas del mismo color que las de la alcoba; en segundo término, un armario; al otro lado, una mesa y una silla de roble.

Pasan dos años desde el acto anterior á este.

ESCENA PRIMERA.

ROSA. PEDRO. *Despues* AMBROSIO.

(*Rosa y Pedro entran misteriosamente. Rosa trae un ramillete.*)

Pedro. No hay nadie!

Rosa. Somos los primeros! (*Ambrosio, saliendo por la puerta de la izquierda, que conduce al jardin, la que cierra.*)

Ambrosio. Despues de mí!

Pedro y *Rosa.* Ambrosio!

Ambrosio. Chit...! acabo de encerrar á Juana, la criada del cura, en la huerta; somos dueños de la casa... y podemos llenarla de flores á nuestro gusto.

Pedro. Rosa, ha tenido la misma idea que nosotros. (*A Rosa.*)

Ambrosio. Y que la de todos. Creeis que habrá alguno que olvide que es hoy dia de San Pedro? El año pasado no

quiso nuestro bue [illegible] se celebrase su dia á causa de la desaparicion [illegible] quien tanto queria... pero este año se festejará [illegible], no es verdad? y para empezar voy á poner mi ramo sobre esa mesa... porque dentro de poco todos los muebles estarán ocupados con flores.

Rosa. Tiene razon; ahi vienen los vecinos.

ESCENA II.

DICHOS. TOMAS. ALDEANOS: *todos con ramos de flores.*

Tomas. Buenos dias, amigos... no estariamos mas exactos si nos hubieran citado.

Ambrosio. El señor cura ha ido á ver á la baronesa de Francheville, que llegó ayer (bien triste por cierto), y no tardará en venir á almorzar por miedo de que no le riña Juana.

Pedro. Qué gusto ha tenido en escoger por criada á la mas mala lengua del pais!

Ambrosio. Para corregirla y hacer un favor á los demas: pero va á volver, despachémonos.

Pedro. Otra cosa mejor que flores encontrará; (*Frotándose las manos.*) no es asi, Tomas?

Algunos. Qué?

Pedro. No os acordais de la generosa accion que hizo el mes pasado nuestro buen cura?

Tomas. Sí.

Ambrosio. Pero cuál? hace tantas...!

Pedro. Chapisean el arrendador, se arruinó por el granizo; el propietario, que es duro como un canto, queria echarle sino le pagaba; el pobre viejo lo vendió todo, pero aun le faltaban cien escudos; decia que se iba á matar... el señor cura lo llega á saber, no tenia ningun dinero, pero qué hace? se va una mañana á Tolosa, y vuelve con los cien escudos.

Ambrosio. Ah!

Todos. Es verdad.

Pedro. Para juntar el dinero que dió á Chapisean, vendió su reloj, sus cubiertos, su gran vaso de plata, sus hebillas, y hasta la caja de rapé.

Ambrosio. Qué buen señor!

Pedro. Hace unos dias, unos cuantos vecinos lo supimos por casualidad, y sin decir nada, hemos vuelto á comprar sus cubiertos...

Rosa. Su vaso...

Pedro. Que pondremos sobre la mesa.

Tomas. Yo tambien pondré las hebillas y la caja.

Ambrosio. Bien, hijos mios...! y yo que no he traido mas que un ramo!

Rosa. Voy á arreglar la mesa; ponte en acecho, Pedro.

Tomas. Dónde ponemos el reloj y la caja?

Rosa. Debajo de la servilleta. (*Pone el mantel que está sobre la mesa.*)

Pedro. El señor cura atraviesa la plaza. (*En el fondo.*)

Tomas. Yo quisiera ver el efecto que le hace.

Todos. Y yo!

Rosa. Pues á esconderse!

Unos. Dónde?

Rosa. Detras de la cortinas de la alcoba.

Otros. Y nosotros?

Rosa. Detras de las de la ventana; yo, Pedro y Ambrosio, dentro del biombo.

Todos. Vamos. (*Se esconden, y corren las cortinas.*)

Rosa. Chiton! (*Cerrando el biombo.*)

ESCENA III.

DICHOS. LAMBERT. *Despues* JUANA.

Lambert. La baronesa no estaba en su casa, y Victor, asi que se ha visto mejor, ha ido á Tolosa; ya debe ser tarde, y Juana como de costumbre me regañará. (*Se oye en la puerta del jardin la voz de Juana.*)

Juana. Vaya, el viento ha cerrado la puerta, y no puedo salir.

Lambert. Llego á tiempo. (*Va á abrir.*)

Juana. Cómo, ya habeis venido?

Lambert. Ya.

Juana. Es que el desayuno no está todavía, como no son las diez.

Lambert. Ahora verás lo contrario. (*Va á sacar el reloj, y se detiene riendo.*)

Juana. Con qué?
Lambert. Es verdad! decididamente he perdido la memoria!
Juana. Un hermoso reloj, que era tan grande como mi mano, haberlo vendido...! para socorrer á un ingrato.
Lambert. Juana!
Juana. Sí señor! un ingrato, como los demas... vos habeis hecho favores á todos, y no hay uno que se acuerde que hoy son vuestros dias.
Lambert. Juana! eso es pensar mal.
Juana. No señor! esto es decir la verdad.
Lambert. Hablemos de otra cosa... de mi desayuno por ejemplo... pon la mesa.
Juana. Bonitos cubiertos! (*Va al armario y saca platos, sobre los que pone cubiertos de estaño.*) Un hombre como vos, comer con estaño... esto me irrita cuando me acuerdo... Ah! (*Va á la mesa, y sorprendida deja caer los platos.*)
Lambert. Bien!
Juana. Mirad, señor cura, mirad.
Lambert. Me basta con haber oido. (*Sonriendo.*)
Juana. Pero mirad sobre la mesa!
Lambert. Qué veo!
Juana. Vuestros cubiertos, vuestro vaso.
Lambert. Quién los ha colocado ahi?
Juana. Siño ha entrado nadie! y el mantel está puesto... hasta la servilleta se halla en su sitio... Ah! (*Levanta la servilleta, y la deja caer.*)
Lambert. Qué es eso?
Juana. La caja, las hebillas y el reloj. (*No pudiendo hablar.*)
Lambert. Mi reloj!
Juana. No toqueis nada, señor cura! hay en esto brugería. (*Lambert ve mencarse las cortinas de la ventana.*)
Lambert. De veras! pues bien, yo creo que no estan muy lejos los hechiceros! (*Sonriendo.*)
Juana. (*Asustada.*) Cómo?
Lambert. Estoy seguro de que se hallan aqui.
Juana. (*Asustada.*) Dónde?
Lambert. Detras de esas cortinas... mira... (*Las levanta, ve á Tomas, y lo trae de una oreja en medio de la escena.*)
Tomas. No he sido yo.

Aldeano. Ni yo! (*Abriendo las cortinas de la alcoba.*)

Juana. Calla!

Rosa. Ni yo. (*Sacando la cabeza por cima del biombo.*)

Juana. Rosa!

Pedro. Ni yo! (*Lo mismo.*)

Juana. (*Que ha vuelto la cabeza y ha hecho una esclamacion á cada uno que ha visto.*) Hay mas?

Lambert. Y decias que no habia entrado nadie! acercaos, hijos mios, y abrazadme.

Ambrosio. (*Elevando su ramo.*) Viva el señor cura!

Todos. (*Saliendo.*) Viva.

Lambert. Dirás ahora que son ingratos! (*Le rodean y le abrazan, dándole los ramos. Lambert conmovido se vuelve y ve á Ambrosio.*) Y tú tambien, mi viejo Ambrosio? (*Le abraza con efusion.*)

Pedro. (*Que se ha asomado.*) La baronesa de Francheville.

Todos. La baronesa!

ESCENA IV.

DICHOS. LA BARONESA, *vestida de negro, pálida, espresa el mayor dolor. Parece admirarse de ver tanta gente.*

Lambert. Ayer supe vuestra llegada, señora, y esta mañana os fuí á ver... os sorprende el hallar tanta gente en mi casa? es porque hoy son mis dias, y mis hijos han querido celebrarlos.

Baronesa. Siento mucho que mi llegada haya turbado la alegría de esta buena gente... bien conozco cuánto mereceis su cariño.

Pedro. Ya no tenemos nada que hacer aqui... señor cura... señora...

Lambert. Os vais sin haber recibido las gracias...

Pedro. Nos habeis llamado hijos, y nos basta.

Lambert. Esta tarde nos veremos... á Dios, amigos mios... á Dios. (*Vanse.*) Almorzaré mas tarde. (*A Juana, que se va por la puerta del fondo.*) Pareceis débil y enferma, señora.

Baronesa. (*Enjugando sus lágrimas.*) Dios ha probado mis fuerzas cruelmente, señor Lambert. Hace ocho meses partí para Italia, cuyo clima debia volver la salud á mi

hija, que cayó mala de pronto en París... y... he vuelto sola á Francia ! (*Solloza.*)

Lambert. Esa pérdida dolorosa ha sido imprevista... no era la hija del baron de Francheville quien debia morir antes!

Baronesa. (*Aparte.* Tal vez ha sido un castigo del cielo!)

Lambert. A una madre que llora á su hijo, no se la puede nunca consolar... pero vos sois cristiana, señora! guardad vuestras lágrimas y oraciones para el angel que habeis perdido! consagrad vuestra ternura y desvelos para el infortunado que sufre...

Baronesa. Sí, yo consagraré á Victor todo lo que me resta de fuerza y valor... ay de mí! deberé ver estinguirse el último vástago de los Franchevilles!

Lambert. Durante vuestra ausencia hemos temido muchas veces por su vida... gracias al cielo, parece que está mejor, cuando esta mañana ha podido ir hasta Tolosa...! decian que queria volver al foro.

Baronesa. El médico no lo consiente...; porque dentro de ocho dias, mañana, esta noche tal vez, me ha dicho, puede renacer el mal con mas fuerza; solo espero en la bondad de Dios! oh! decidme, decidme cómo podré atraer su misericordia sobre nosotros!

Lambert. Cumpliendo dos santos deberes que la religion os impone: la oracion y la caridad.

Baronesa. Ah! yo oraré, señor; yo oraré dia y noche si es menester...! prosternada, regaré con mis lágrimas el marmol del templo... no me señalareis una miseria que no sea socorrida... pero esto solo no basta... se llega á Dios por la penitencia... por dura que sea la que me impongais, la cumpliré, padre mio, la cumpliré. (*Cayendo de rodillas.*)

Lambert. Señora!

Baronesa. Oh! vos no sabeis todo lo que sufro! Dios rechazará mis oraciones! le pediré misericordia; pero si yo no la tuve! no tuve piedad...! una imagen me persigue por todas partes... es un fantasma unido á mi vida... cuando yo rogaba por mi hija, se ponia delante de mí... cuando lloraba á mi hija muerta...! tambien estaba alli... y ese espectro... esa amenaza... ese castigo... era Elisa.

Lambert. (*Levantándola.*) Calmaos, señora... involuntariamente hicisteis su desgracia!

Baronesa. Qué ha sido de ella, decidme? y haré todo lo que pueda en su favor, porque era inocente; (*Movimiento del cura.*) yo la creo inocente.

Lambert. Asi lo cree el señor Victor, y yo tambien... desde el dia que en un acceso de delirio huyó del asilo que la busqué, no hemos oido hablar de ella... partió sola hace quince meses en medio de la noche, sin dinero, sin guia; habrá muerto sin duda de hambre y de miseria.

Baronesa. (*Aparte.* Sí, muerta! y Dios me ha castigado en mi hija, que ha muerto tambien...) Oh! pero os lo diré todo, padre mio! porque no quiero vivir maldita y morir desesperada... os lo diré todo... Elisa... (*Jorge, que ha oido la última palabra, se pone vivamente entre los dos.*)

Jorge. Os buscaba, prima!

Baronesa. (*Con terror.*) Jorge!

Lambert. Señor Jorge...!

Jorge. Escusadme, señor Lambert, sino he venido antes á veros; pero un incidente enojoso ha ocupado todos mis instantes. Anoche al entrar en mi cuarto conocí que habian cometido un robo en el castillo... ciertos objetos preciosos... una cartera... algunas papeles de familia... Bautista Roussel, que estaba al servicio de la baronesa, ha desaparecido; ese debe ser el culpable; me he quejado á la justicia, le han pillado, y está en la carcel de Tolosa. El teniente de policía va á venir al castillo á recibir nuestras declaraciones; vuestra presencia es indispensable.

Baronesa. Y qué? por unos objetos de poco valor, quereis perder á ese desgraciado?

Jorge. La clemencia sería una debilidad; ademas, el robo es mas considerable de lo que pensais.

Baronesa. Sea como quiera, no diré una palabra contra ese hombre, ni veré al teniente de policía.

Jorge. Os suplico que le veais. (*Aparte.* Lo mando.)

Baronesa. Bien... le veré.

Juana. (*Dentro.*) Señor cura, señor cura! (*Entra sofocada.*) Ah, señor cura! si supiérais... os traigo una buena noticia...

Lambert. Mas bajo, Juana, mas bajo.

Juana. Es verdad; perdonad, señora, caballero y la compañía... pero cuando una se pone... asi... contenta... figu-

raos, señor cura, que todo el mundo está tan alegre como yo... todos le rodean, le abrazan...

Lambert. A quién?

Juana. No ha mudado, es el mismo, pero ha crecido y está mejor mozo.

Lambert. Pero quién es?

Juana. No lo he dicho? Andres.

Todos. Andres!

Juana. Que se fue á pie á dar la vuelta á Francia, y vuelve en calesin y...

Lambert. Andres!

Juana. Ahi está!

ESCENA VII.

DICHOS. ANDRES.

Andres. Señor cura!

Lambert. Mi querido Andres, cuánto me (*Abrazándose.*) alegro de verte.

Andres. Pues y yo! ah! no estais solo? qué veo! el señor Jorge! y la señora baronesa!

Jorge. Prima, nos esperan en el castillo, y estamos embarazando al pobre Andres, que contiene por nosotros su alegría.

Baronesa. Señor Lambert... nos volveremos á ver...

Jorge. En el castillo. (*Con intencion.*)

Baronesa. Pronto; no es asi?

Lambert. (*Saludando.*) Mañana, señora.

Jorge. (*Aparte.* Mañana habremos dejado este pais.)

Baronesa. (*Al pasar cerca de Andres.*) Andres... vos erais amigo de Elisa... no lo olvidaré. (*Movimiento de Jorge. Se van.*)

ESCENA VIII.

LAMBERT. ANDRES. JUANA.

Andres. Parece que estos señores estan mas amables... no me admiro... despues de mi marcha todo se arreglaria... el señor Victor cumplió su palabra, porque cuando pasé por el castillo, me dijeron que habia llegado; asi es que parti tranquilo por la suerte de Elisa. (*Movimiento de Juana. El cura la contiene.*) Qué dichosa será mi

querida hermana, hecha una gran dama! oh! ahora me pueden decir que está casada, sin hacerme la impresion de otras veces... dos años han pasado sobre mi amor, y en ese tiempo he entrado en razon... ella no podia ser mi muger... y despues Dios, que no olvida á nadie, me ha enviado un consuelo... ya no estoy solo en el mundo.

Juana. Calla! os habeis casado?

Andres. Casado! no... es una historia, que os contaré cuando haya almorzado. (*Al cura.*)

Lambert. Juana, llévale al comedor.

Andres. Acepto. Cuando acabe os hablaré; y me dareis algun consejo sobre lo que debo hacer. (*Juana quiere escuchar y el cura la detiene.*) Despues iré á ver á Elisa... no dejaré pasar el dia sin verla.

Lambert. Juana, da á Andres lo que haya de mejor en la casa... (*Bajo.*) No le hables de Elisa; dejemos que esté contento este pobre muchacho. (*A Andres.*) Vete con Juana, amigo mio.

Juana. Ven, mi buen Andres.

Andres. Otra que está amable tambien... Tomas me ha dicho que te habias vuelto mejor y menos habladora; que digan que no se hacen milagros! (*Se entra con Juana por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX.

LAMBERT. *Despues* ELISA.

La alegría de Andres y la creencia en que está de que Elisa es dichosa, me despedazaba el alma, y no he tenido valor para decirle la verdad. Elisa... oh Dios mio! perdonadme! pero algunas veces he dudado de tu justicia... la pobre jóven no merecia su destino... hoy... no hace mucho, me pareció que me iban á dar la prueba de su inocencia... sí, en las miradas, en las palabras de la baronesa habia algo mas que dolor... habia remordimientos... vos no lo sabeis todo, dijo... Elisa... Despues á la vista de su primo se turbó... se puso pálida! desde la fuga de Elisa él no la ha dejado. De qué puede nacer el imperio que parece ejerce sobre ella? porque su vista le causó terror. (*Se sienta.*) Entre la baronesa y ese hombre debe haber un secreto... un crimen tal vez! ah! yo veré á la baro-

nesa... yo le arrancaré la confesion que se iba á escapar de sus labios... pero una confesion tardía no repara nada... Oh Señor! blasfemo! (*Al acabar estas palabras coge un libro de oraciones y lee... una muger miserablemente vestida se detiene en la puerta; parece rendida de fatiga; al ver al cura hace un esfuerzo para llegar hasta él; se acerca y cae de rodillas en silencio; Lambert la ve y deja el libro.*) Hija mia, yo no soy rico, pero lo poco que tengo es de los pobres. (*Le da una moneda, que Elisa deja caer al suelo sin decir nada; coge la mano del cura, y la besa llorando amargamente.*) Por qué llorais? por qué besais mi mano? qué quereis?

Elisa. (*Levantando la cabeza.*) Vuestra bendicion antes de morir.

Lambert. (*Dando un grito y levantándose.*) Elisa! Elisa! en qué estado, gran Dios! Ella és! espirando de fatiga! de necesidad tal vez! sentaos ahi, hija mia, sentaos ahi! (*La hace sentar en una silla.*) Oh! no hableis hasta recobrar alguna fuerza. (*Coge un vaso y una botella y echa.*) Tened: esto os reanimará. (*Cierra la puerta.*) Elisa, si alguno os hubiera visto.

Elisa. Son inútiles las precauciones... he venido para entregarme á mis jueces... nada me ata ya á la vida; estoy cansada de sufrir.

Lambert. No desespereis, hija mia. Los decretos de la Providencia son impenetrables. La mano de Dios os conducirá aqui tal vez en el momento en que un rayo de luz brilla á mis ojos.

Elisa. Una sola esperanza me restaba, y ya no la tengo.

Lambert. Cuál era?

Elisa. En el retiro que me buscasteis al lado de vuestra buena parienta, un pensamiento me seguia sin cesar; que mi hijo vivia; que le arrancaron de mis brazos para esponerle, para perderle, pero que no habian tenido el horrible valor de matarle; esta idea era incesante; por la noche, de dia, á todas horas una voz me decia: ves, busca á tu hijo y lo encontrarás. Yo creí que aquello era un aviso de Dios y partí. Partí, no llevando conmigo mas que el pedazo de mi manto, pedazo que podia ser un indicio. Trabajando hoy, mendigando mañana, recorrí toda la provincia... dos veces, no pudiendo mas,

caí enferma... dos veces las puertas de un hospital se abrieron para mí...! pero con la razon me volvia el valor. Yo buscaba, preguntaba en todos los hospicios... cerca de dos años he pasado asi, y al ver que no obtenia el resultado que esperaba, la desesperacion se ha apoderado de mí. Por fin, he conocido que la voz que creía celeste fue efecto de mi delirio, y que mi hijo ha muerto...! sí, ha muerto! desde que lo he creido asi, la vida no ha sido para mí mas que un peso insufrible; pero antes de dejarla he querido ver el pais donde he nacido, he sido dichosa y he sufrido tanto... otra esperanza me ha sostenido, veros, caer á vuestros pies, y bañar con mis lágrimas esta mano que ha bendecido á mi hijo!

Lambert. Y esta mano os protejerá, pobre madre! Un presentimiento me dice que tocas al término de tan dolorosas pruebas.

Juana. (*Dentro.*) Calla! El aire ha vuelto á cerrar la puerta.

Andres. Esperad, Juana; yo abriré.

Elisa. La voz de Andres!

Lambert. Sí, Andres, que apenas hará una hora que ha vuelto de su largo viaje.

Elisa. Andres con vos! mi solo amigo en el mundo! Ah! quiero verlo!

Lambert. Por Dios, Elisa! que no os vea! su alegría os podria perjudicar; (*Mirando.*) pero dónde ocultaros?

Juana. (*Dentro.*) Y bien...!

Andres. (*Idem.*) No puedo abrir.

Lambert. Los despacharé; (*Corriendo al biombo.*) poneos ahi.

Elisa. Vos lo quereis?

Lambert. Os lo suplico. (*Se esconde Elisa: abre y se sienta.*)

ESCENA X.

ELISA, *oculta.* LAMBERT. ANDRES. JUANA.

Andres. Os hemos incomodado?

Lambert. No, estaba leyendo; Juana, corre á casa de Pedro el arrendador, y pídele á él ó á Rosa, su muger, el carrito que me presta algunas veces... tengo que hacer una visita en las cercanías.

Juana. Pues dónde vais ?

Andres. Vamos, ya veo que no te se ha quitado el ser curiosa.

Lambert. Id pronto, Juana.

Juana. Voy, voy: venís conmigo, Andres ?

Andres. No; tengo que hablar al señor cura.

Lambert. Juana ?

Juana. Ya me voy. (*Vase.*)

Lambert. Amigo mio, deja para mañana lo que me ibas á decir... ya ves, voy á salir.

Andres. Dispensadme, señor cura, pero las piernas de Juana no andan tan listas como su lengua; con que teneis tiempo para escucharme; ademas hareis una buena accion en oirme.

Lambert. Habla, ya te escucho.

Andres. Como os decia antes, no he vuelto solo al pais... si no pienso tanto en el amor de Elisa, si he trabajado y he hecho fortuna en estos dos años, es porque este trabajo y esta fortuna podia servir á otra persona.

Elisa. (*Aparte.* Andres es dichoso! oh! gracias, Dios mio!)

Lambert. Continúa.

Andres. Mi historia principia hace dos años: la misma noche de mi marcha... despues de haberme asegurado de la llegada del señor Victor, quise ganar el tiempo que habia perdido y cogí el sendero del diablo, que hace tiempo que está abandonado á causa de los hundimientos. Apenas tenia sitio para poner los pies... á un lado la montaña cortada en pico, al otro el precipicio sin fondo; hacia luna: yo tengo buen paso y buen ojo, asi es que marchaba apresuradamente, cuando de repente en el sitio mas oculto, y que está sobre treinta varas mas bajo que el camino de Bruyeres...

Elisa. El camino de Bruyeres! (*Levantando la cabeza y escuchando.*)

Andres. Vi como una pequeña masa blanca, suspendida encima del abismo y detenida por unos matorrales... yo no soy cobarde, pero el sitio y la hora no eran para tranquilizar á nadie... con todo me acerco, miro... y qué es lo que veo...? un niño.

Elisa. Un niño! (*Levantándose.*)

Lambert. Muerto?

Andres. Nada de eso; estaba tan bien envuelto, que no se hizo la menor herida al rodar hasta allí.

Lambert. Cielos!

Elisa. Gran Dios! (*Llevándose la mano á la frente.*)

Andres. El niño debió ser arrojado allí con intencion: yo dije, alguna mala madre ha hecho esto; entonces le cogí, me lo llevé, y gracias á Dios, todavía existe.

Elisa. Existe! (*Saliendo, y casi derribando el biombo.*)

Andres. Elisa!

Elisa. Tú le has salvado! tú... tú, Andres! (*Corriendo á él.*)

Lambert. Ese niño estaba envuelto en un manto?

Andres. Sí.

Elisa. Semejante á esto? (*Mostrando el pedazo.*)

Andres. Igual.

Elisa. Ay! Dios mio! Él es! (*Cayendo á los pies de Andres.*) Andres, es mi hijo el que has salvado... mi hijo, lo oyes... amigo mio, hermano mio... bendito seas! (*Le abraza delirante.*)

Andres. Su hijo!

Lambert. Sí, sí, su hijo! (*Llorando de alegria.*)

Elisa. Dónde está? Llévame, quiero abrazarle, quiero verle!

Andres. Yo creo soñar!

Elisa. Responde, dónde está?

Andres. En la posada donde he parado.

Elisa. Vamos.

Lambert. Elisa, comprendo vuestro gozo, vuestra embriaguez... pero os lo suplico, no salgais de aqui.

Elisa. Sí, padre mio, os obebeceré...; pero ves, ves, Andres.

Andres. Oh, tranquilizaos, Elisa, voy á traerle.

Lambert. Despáchate.

Elisa. Corre.

Andres. Ya voy; pero luego me esplicareis, me direis... sí, sí... Elisa, voy. (*Aparte.* Le querria yo tanto, porque es su hijo?) (*Vase corriendo.*)

ESCENA XI.

LAMBERT. ELISA. *Despues* JUANA.

Elisa. Ah! señor cura, decidme que no es un sueño!

Lumbert. No, no, hija mia! para daros este dia de júbilo, el Señor os ha sostenido y guiado hasta aqui. (Ah! perdonadme, Dios mio, si he dudado de vuestra justicia!)

Elisa. Existe... le voy á ver... á mi hijo, que tanto he llorado! por quien tanto hè sufrido... Oh! mis lágrimas y mis sufrimientos me lo harán mas querido... á Victor que me acusaba, á los jueces que me han condenado... á todo el mundo diré: mirad, mirad si una madre puede matar á su hijo!

Lambert. Elisa, dejadme hacer: no os presenteis á los jueces hasta que todas las pruebas de vuestra inocencia esten reunidas... ocultad aun vuestra llegada.

Elisa. Mi llegada ya no puede ser un secreto.

Lambert. Cómo?

Elisa. Esta mañana fuí seguida por un hombre, que no me dejó hasta la entrada de la aldea: al alejarse dijo: ella es!

Lambert. Dios mio!

Juana. (*Entrando.*) Señor cura! otra noticia! dicen que Elisa... cielos! (*Viéndola.*)

Lambert. Callad! es preciso que todos ignoren...

Juana. Pero si toda la aldea sabe que ha venido.

ESCENA XII.

DICHOS. PEDRO. TOMAS. ALDEANOS. *Despues* ANDRES.

Todos. Elisa! Elisa! (*Entrando.*)

Pedro. (*Al cura.*) Señor, la pobre jóven ha sido denunciada... los magistrados estan prevenidos... todo el pueblo está en conmocion, pero esta vez es en favor de Elisa, porque Andres lo ha dicho todo: ahora que sabemos que es inocente, la salvaremos.

Todos. Sí, la salvaremos.

Tomas. Los magistrados van á llegar. (*Entrando con otros.*) Llevémonos á Elisa, señor cura, antes que vengan.

Lambert. Elisa, aprovechémonos del celo de esta buena gente... venid.

Elisa. No, padre mio; no huiré... ahora que Dios me ha vuelto mi hijo... quiero vivir, pero vivir sin oprobio... una

sentencia infamante pesa sobre mí, es preciso que se borre... oh! no temais; tengo fuerza y valor; ahora alzo la frente; que me conduzcan ante los jueces, quiero decir la verdad; Dios hará lo demas.

Tomas. Ya estan ahi!

Elisa. No partiré sin abrazar á mi hijo!

Andres. Elisa, miradle. (*Corriendo con el niño en brazos.*)

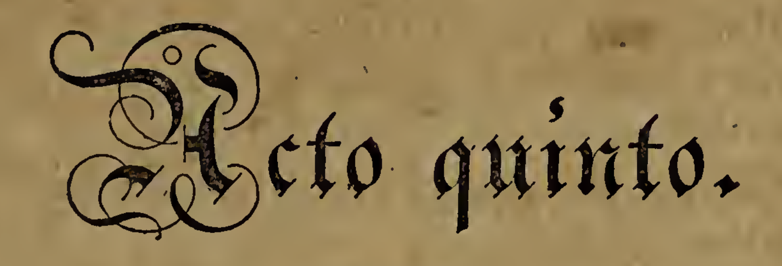
Elisa. Ah! hijo de mi alma! (*Cubriéndole de besos, y cayendo de rodillas.*)

Andres. Quieren llevar á Elisa á Tolosa, pero no será en compañía de gendarmes; nosotros le haremos una escolta, y gritaremos: no traemos una culpable, sino una inocente, y venimos á pedir justicia y reparacion.

Elisa. Sí, justicia y reparacion! Á Tolosa!

Todos. Á Tolosa!

FIN DEL ACTO CUARTO.



Un salon en el castillo de Bruyeres; muebles ricos, puerta al fondo, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO. JORGE. LA BARONESA.

(*Al levantar el telon, Antonio está arreglando el salon: la puerta del fondo se abre violentamente.*)

Jorge. Dejadnos... ah! decid, está el baron en el castillo?

Antonio. No señor; marchó esta mañana á Tolosa, y aun no ha vuelto.

Jorge. Bien, dejadnos. (*Vase.*) Os lo repito, Carolina, marcharemos mañana... vuestra debilidad nos perderia. Por qué esa visita misteriosa al señor Lambert? Qué íbais á hacer á casa de ese hombre, cuyo ojo escrutador hubiera facilmente leido en vuestra alma? no podeis al menos mandar á vuestra voz ser firme, y á vuestro rostro ser impasible?

Baronesa. Cómo dominar el corazon? cómo arrojar los remordimientos que le desgarran?

Jorge. Los remordimientos? de qué los teneis? lo que hicimos, no lo hariamos ahora? Elisa nos arruinaba, quiso luchar con nosotros, y fue un obstáculo que debí romper; pero su desaparicion la ha puesto al abrigo de todo peligro.

Baronesa. Y su hijo?

Jorge. Ya os lo dije; se perdió para Victor... para su madre... pero existe.

Baronesa. Me lo habeis jurado... no ha sido un engaño?

Jorge. Por qué habia de ser? por qué sospechais un crimen inútil? lo que necesitábamos era tenerlo lejos, pero no su muerte...

Baronesa. Pero y ella? ella que por nosotros ha sido condenada... que la hemos separado de su hijo... la desesperacion la habrá muerto; por vengar su muerte, que es nuestra obra, Dios me ha castigado en mi hija... y quereis que esté serena... pero no tengo que combatir mas que el recuerdo de Elisa? desde ayer no veo yo á Victor pálido y moribundo... Victor, que tambien muere por nosotros...!

Jorge. Qué podria hacer Victor por Elisa?

Baronesa. Rehabilitar su memoria, y perdonarme tal vez.

Jorge. Y eso os ocupa? la memoria de una muerta, y el perdon de un moribundo? me causais compasion!

Baronesa. Y vos... vos me horrorizais!

Jorge. Sea; pero no dejaré derribar en un dia la obra de dos años.

Baronesa. Oh! callad! callad!

Jorge. Oigo ruido... es Victor que vuelve sin duda... vamos, calmaos, Carolina.

Antonio. De parte del señor teniente de policía... (*Con una carta.*)

Jorge. Dadme. Se escusará sin duda de no haber (*A la baronesa.*) venido como me prometió.

Antonio. El baron de Francheville.

ESCENA II.

DICHOS. VICTOR.

(*Enteramente vestido de negro: los dos años que han pasado han acabado su fisonomía: está palido, y parece débil y enfermo; la baronesa se acerca á él; Jorge lo mira atentamente; Victor sin verlos se sienta en un sillon, y deja caer su cabeza sobre las manos.*)

Baronesa. Dios mio! qué pálido está, qué abatido. (*A Jorge.*)

Jorge. Amigo mio! (*Yendo á él.*)

Victor. Jorge... y vos, señora, estábais ahi... perdonad.

Baronesa. Me pareceis muy fatigado: sufrís mucho?

Victor. No, estoy mejor... bastante mejor. (*Sonriendo con esfuerzo.*)

Baronesa. Habeis salido esta mañana... y sin embargo el médico os prohibió...

Victor. El médico... he resuelto no obedecerlo.

Baronesa. Cómo?

Victor. Es vivir osar apenas hablar ó moverse? no, no; quiero tomar mi plaza en el tribunal de Tolosa; ya le he dicho al presidente que estoy á su disposicion, y que desde hoy me encontraria pronto á instruir el negocio que quiera confiarme.

Jorge. Pero ese trabajo será superior á vuestras fuerzas.

Victor. No, no... mi cuerpo se debilita... pero mi imaginacion conserva toda su energía.... y debo ocuparla, fatigarla.

Jorge. Pero os han mandado la mayor quietud.

Victor. No conoceis que es el reposo el que me mata...? No sabeis que hay un recuerdo que á toda costa debo borrar de mi memoria...? Ayer no me oísteis pronunciar con gritos de desesperacion el nombre de la infortunada que no puedo borrar de mi imaginacion? El nombre que debo olvidar para no dudar de la justicia de Dios!

Jorge. Vamos, amigo mio, alejad ese triste recuerdo.

Victor. Elisa...!

Baronesa. Elisa!

Victor. Era mi vida... en vano todo parece acusarla... yo la amo... lo oís? la amo todavía: loca, condenada, muerta tal vez, la amo, como amaba á la jóven sencilla y confiada que creía en mi amor y en mi honor... la amo como si estuviera delante de mí, ofreciendo á mis besos la frente de nuestro hijo... de nuestro hijo que en su delirio... Ah, señora, vos que llorais á vuestra hija, al escucharme, comprendereis mis tormentos... (*Dándose en la frente.*) Jorge, aqui es donde está mi mal... bien conoceis que necesito trabajar... ya veis que el reposo me mataria. (*Cae en el sillon.*)

ESCENA III.

DICHOS. ANTONIO. UN UGIER. *Despues* LAMBERT.

Antonio. Señor...? (*Precediendo al ugier.*)

Victor. Qué es eso?

Antonio. De parte del señor presidente. (*Mostrando al ugier.*)

Ugier. El señor presidente me ha encargado (*Dando un legajo á Victor.*) que os entregue esto, caballero. Visto la urgencia del negocio y el estado de vuestra salud, ha ordenado que la acusada y los testigos, vengan al castillo para ser interrogados.

Victor. Voy á examinar este legajo.

Ugier. La acusada y los testigos estan ahi.

Victor. Bien está; dentro de algunos momentos los oiré.

Ugier. Espero vuestras órdenes. (*Saluda y vase.*)

Jorge. "Bautista Roussel se ha negado á (*Leyendo.*) dar la cartera que ha sido imposible hallar." (Qué fatalidad.) (*Aparte. Despues de la salida del ugier, y mientras Jorge ha leido su billete, Victor deslia el cordon que ata el legajo.*)

Victor. El presidente ha llenado mis deseos; voy á ponerme á ello.

Baronesa. Tened cuidado...

Victor. Gracias por vuestra solicitud, pero os lo (*Sonriendo.*) repito, estoy bien. (*Le aprieta la mano, y se sienta.*)

Baronesa. Su mano abrasa, y su sonrisa me hace mal.

Jorge. Venid, querida prima; Victor necesita estar solo. Voy á partir para Tolosa; veré á Bautista, y (*Aparte.*) á precio de oro, si es preciso, haré que que me devuelva la cartera. Venid, señora, venid. (*La baronesa no oye á Jorge; considera á Victor con dolor; este, que acaba de leer el legajo, da un grito.*)

Victor. Ah!

Baronesa. Victor! (*Corre á él.*)

Jorge. Qué teneis? (*Lo mismo.*)

Victor. Leed! (*Le da el papel.*)

Jorge. Acusacion de infanticidio!

Baronesa. Cielos!

Victor. Y yo debo juzgar esa causa! oh! qué horror! destrozado por el dolor, no he querido en dos años ocupar mi puesto, y cuando voy á tomarle, la primera acusacion que debo sostener es contra infanticidio! Ah! eso es superior á mis fuerzas: no lo haré, no! (*Tira el lejago sobre la mesa.*)

Lambert. Y sin embargo, debeis hacerlo, señor (*Entrando.*) baron de Francheville.

Todos. Lambert!

Lambert. El señor presidente ha concedido á mi ruego que llegase á vos ese legajo, y que viniera aqui la acusada para ser interrogada por vos mismo; (*Mirando á Jorge.*) y para apresurar tan triste causa he designado un defensor de oficio.

Jorge. Y ese defensor...?

Lambert. Sois vos, caballero.

Jorge. Yo!

Lambert. Aunque retirado del foro hace tiempo, habeis dejado brillantes recuerdos. La defensa no podia entregarse en mejores manos.

Jorge. (Todo esto es estraño.) (*Aparte.*)

Victor. Ah! señor Lambert! os acordais de lo pasado y habeis podido...

Lambert. Porque me acuerdo, he venido aqui... porque me acuerdo, he señalado á cada uno su deber.

Victor. Qué interés tomais en esto? conoceis á la acusada? Quién es? decid.

Jorge. Hablad.

Victor. A quién debo acusar?

Jorge. A quién voy á defender? (*La puerta del fondo se abre, y aparece Elisa sostenida por Andres; detras de ella aldeanos.*)

Lambert. Mirad!

Jorge y Victor. Elisa!

Baronesa. Ah!

ESCENA IV.

DICHOS. ELISA. ANDRES. ALDEANOS.

Lambert. No sabia nada! (*Con gozo, mirando á Jorge.*)

Victor. Elisa! yo estoy loco!

Lambert. Pensad en lo que me habeis (*Bajo, y deteniendo á Elisa, que corre hácia Victor.*) prometido; una palabra lo pierde todo.

Jorge. Vive aun! (*Aparte; la puerta se cierra.*)

Victor. Ella es!

Lambert. Sí, es Elisa... Elisa, á quien el cielo ha vuelto la razon... á quien los hombres van á volver el honor.

Baronesa. No puedo soportar su vista.

Jorge. Alejaos.

Lambert. Quedaos, señora... vuestra declaracion (*Deteniéndola.*) podrá ayudar á la defensa.

Victor. Elisa delante de mí...! á la que tanto he llorado, quieren que acuse...! es imposible! (*Mira al legajo.*) Cuando vos, señor Lambert, la habeis traido aqui, será porque podrá justificarse.

Elisa. Soy inocente, Victor, soy inocente! (*De rodillas.*)

Victor. Y ahora no deliras... (*Levantándola.*) Ahora me darás las pruebas de tu inocencia... en la que ya cree mi corazon!

Lambert. Señor de Francheville, Elisa está (*Poniéndose entre los dos.*) acusada, y delante de su juez pronta á responder.

Victor. Yo su juez!

Lambert. Quereis dejar á otro la noble mision de arrancar á Elisa la infamia que la rodea todavía? quereis que otra voz que la vuestra la proclame inocente?

Victor. No, no... Señor Lambert, teneis razon. El cielo me dará fuerza para llenar mi deber.

Lambert. Y vos, aceptais tambien? (*A Jorge.*)

Jorge. (Vacilar es perderme.) (*Aparte.*) Señor Lambert, al combatir el amor de esta infortunada causé, sin querer, su desgracia: deseoso de reparar mi falta, me declaro su defensor.

Boronesa. Qué, osareis...? (*Bajo.*)

Jorge. Silencio! (*Lo mismo.*)

Victor. Elisa, no mireis en mí mas que á un juez. Antes de comparecer al tribunal, respondedme como responderíais á Dios... (*Momento de silencio.*) Hace dos años... cuando os interrogaba... teníais la razon perdida... mi hijo ha muerto, decíais... muerto... nuestro pobre hijo! (*Elisa va á responder. El cura se lo impide.*)

Lambert. Sed prudente!

Victor. En vuestro delirio hablábais de muerte, mas las palabras vagas que decíais, nada esplicaban... no decian nada... Si ahora venís á la presencia de los jueces, es porque una luz nueva brilla á vuestros ojos... Si venís á decir "soy inocente," es porque podeis dar la prueba... Hablad, Elisa, hablad... Vuestro juez y abogado os escuchan.

Lambert. Valor, hija mia. (*Bajo á Elisa.*)

Jorge. (Qué va á decir.) (*Aparte.*)

Baronesa. Yo tiemblo!

Elisa. (*Que reune sus fuerzas.*) La noche de vuestra llegada, cierta por lo que me dijo Andres de que me amabais, resolví ir al castillo, á poner á nuestro hijo bajo vuestra proteccion, porque querian separarme de él... al llegar al camino de Bruyeres, oí marchar un hombre detras de mí... apresuro el paso... él apresura el suyo... estaba llena de miedo. Bien pronto las fuerzas me faltan... me detengo; el que me seguia se detiene tambien... me vuelvo... y á la claridad de la luna veo que tenia el rostro cubierto con una tela negra: lanzo un grito de espanto... me tapa la boca y quiere arrancarme á mi hijo... entonces empieza entre los dos una lucha horrible... El peligro me volvió las fuerzas... Dios me dió valor para defender á mi hijo... el valor que da á las madres... el manto en el cual estaba envuelto se desgarra, y un golpe violento me hace caer... ya no vi mas... ya no oí nada... ignoro cuánto tiempo estuve asi... Cuando volví á la vida, estaba loca... (*Durante esto el cura y Andres no han dejado de mirar á Jorge.*)

Andres. No se turba. (*Bajo al cura.*)

Lambert. No, pero mira á la baronesa. (*Id. mostrando á la baronesa.*)

Victor. Y quién era el miserable?

Elisa. Lo ignoro!

Victor. Y qué, ningun indicio...

Elisa. Tenia la cara cubierta, y no pronunció ninguna palabra.

Jorge. (Bien.) (*Aparte.*)

Lambert. Qué pensais de esto, caballero? (*A Jorge.*)

Jorge. Señor Lambert, y vos, Elisa, perdonadme, porque en la apariencia voy á acusaros un momento... para defenderos mejor. Es eso todo lo que teneis que decirnos? yo creo todo lo que digais... pero es una relacion bien estraña... afirmais que os quitaron vuestro hijo? y no podeis dar el menor indicio! dónde se buscará el culpable? los jueces os dirán sin duda: "para creer en la existencia de ese hombre es menester suponerle un fin particular;" y qué otro que vos, Elisa, tenia interes en la desaparicion del niño?

Lambert. Yo os lo diré.

Jorge. Vos? (*Movimiento.*)

Lambert. En la casa de detencion de Tolosa, donde he acompañado á Elisa, un hombre vino á echarse á mis

pies. "Yo he cometido una falta y sufriré el castigo," me ha dicho; pero hay mayores culpables que yo, y no deben quedar impunes. Este hombre es Bautista Roussel.

Jorge. Bautista! (*Con espanto.*)

Andres. (Se turba.) (*Aparte.*)

Lambert. Y me ha entregado en presencia de Andres esta cartera.

Jorge. (La mia.) (*Aparte.*)

Lambert. Dádsela, añadió, á los jueces de Elisa, y no temais por ella.

Jorge. Esa cartera...

Lambert. Abridla. (*A Victor.*)

Victor. Dadme. (*La abre.*)

Jorge. Yo os esplicaré el sentido (*A Lambert.*) de esa carta y el acto que contiene.

Lambert. Por qué os defendeis? yo no os acuso!

Victor. "Jorge, el acto que exigís de mí, ahí lo teneis. Pueda el castigo de lo que habeis hecho caer solo sobre vos! mi hija está enferma: parece que Dios quiere vengar á Elisa. = Carolina de Francheville."

Baronesa. Gran Dios.

Jorge. Dejadme responder. (*Bajo.*)

Victor. "Quince de octubre de 1786."

Lambert. Un mes despues de la desaparicion del niño.

Baronesa. (Yo me siento morir.) (*Aparte.*)

Victor. Ah! (*Mirando á la baronesa y á Jorge.*)

Lambert. Leed el otro papel.

Victor. "En pago de un eminente servicio (*Leyendo.*) que me ha hecho Jorge Landier, mi pariente, me obligo á darle mi mano, y á dividir con él la fortuna que heredaré á la muerte del baron de Francheville." Ah! ya lo comprendo todo! (*Al cura, enseñándole á Jorge.*) No es él quien quiso engañar á Elisa? no es Carolina Dubluoy, porque no debo darla el nombre de mi padre, no es esa muger quien rechazaba toda alianza para mí, por asegurarse mi herencia...? Y cuando vieron que mi union con Elisa desbarataba sus planes, no retrocedieron ante un crimen! Y yo te acusaba á tí, pobre madre...! y te han condenado... Ah! levanta la frente, noble martir... la vergüenza con que te cubrieron va á caer sobre ellos... yo te vengaré, Elisa, yo vengaré á tu hijo, porque sus verdugos estan aqui.

Baronesa. Dejadme, dejadme! (*Escapándose de Jorge, que la impide hablar.*) Ah! Victor!

Jorge. Deteneos!

Baronesa. Maldecidme los dos! (*De rodillas entre los dos.*) pero no me acuseis de asesinato! Trastornada por ese hombre, consentí en que asegurase á mi hija la fortuna de los Francheville... Él te cogió el niño, Elisa, pero no le mató.

Victor. Existe?

Baronesa. Os juro que no le mató.

Lambert. Cómo lo sabeis?

Baronesa. Ah! no es á mí á quien debeis preguntar.

Victor. Qué habeis hecho de mi hijo!

Elisa. Victor!

Lambert. Dejadle responder. (*Bajo: Andres se va hácia arriba.*)

Jorge. Yo daré cuando sea tiempo tales esplicaciones, que justificarán mi conducta. Sí, debí impedir vuestra union, Victor, debí romper los lazos que os unian á Elisa.

Victor. Pero y mi hijo?

Jorge. Lo llevé á un hospicio de Tolosa. (*Movimiento de Elisa, Lambert y Andres.*) Pero en mi precipitacion no llené, lo confieso, ninguna de las formálidades que podian hacerlo conocer.

Lambert. Con que confesais haber arrebatado (*Con intencion.*) á Elisa el niño que conducia al castillo de Bruyeres...?

Jorge. Sin duda; pero ya os he dicho que lo llevé á Tolosa.

Elisa. Mientes, miserable! (*Lanzándose á él.*)

Baronesa. Es imposible!

Elisa. Ah! por fin, puedo hablar! porque has caido en el lazo que le tendian! Victor, no llores á nuestro hijo, Andres lo ha salvado!

Victor. Salvado!

Elisa. Sí, por un milagro, porque ese monstruo lo arrojó al abismo de Bessac.

Baronesa. Qué horror!

Jorge. Estoy perdido! (*Aparte.*)

Andres. Ya he hecho yo la declaracion al presidente; la identidad del niño ha sido probada; no faltaba ya para la plena justificacion de Elisa mas que hallar al culpable. Gracias á vos, señor abogado, le hemos puesto la mano encima.

Victor. Infame!

Elisa. Victor! (*Le sostiene viendo que vacila.*)

Victor. Ah! no es nada! al volverme tu amor (*A Elisa.*) y mi hijo, Dios me vuelve tambien la salud. Elisa, públicamente fuistes infamada; pública será tu reparacion.

Andres. Y ahora mismo. Entrad! (*Abre la puerta del fondo; todos los aldeanos del cuarto acto salen.*)

Victor. Amigos mios! Elisa es inocente!

Todos. Inocente! (*Con júbilo.*)

Victor. Hoy mismo será mi esposa: mañana seré el acusador público: mañana, Jorge Landier, os citaré ante los jueces.

Jorge. (Mañana no tendré nada que temer.) (*Aparte, yéndose.*)

Andres. Mirad! (*Que ha ido por el niño, se lo enseña á Elisa.*)

Elisa. Victor! nuestro hijo! (*Presentándoselo.*)

Victor. Mi hijo! (*Al verle lo coge, lo llena de besos, abraza á Elisa, la que prodiga mil caricias al niño. Todos espresan su alegria: la Baronesa está á los pies de Elisa; esta se vuelve, la ve y esclama:*)

Elisa. Olvido y perdon! (*Victor la da la mano.*)

Baronesa. Ah! (*Se abrazan. Todo el final ha de ser muy rápido.*)

FIN DEL DRAMA.

NOTA. Acto 1.°, página 13, línea 20, donde dice: y si tienes en el corazon, léase, y tienes

Esta interesante Galería comprende hasta el dia mas de 450 comedias próximamente, cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas.)
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo de Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José García de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.

Las traducciones comprendidas en ella son las que deben representarse en casi todos los teatros, mediante estar contratados sus empresarios con el Editor para este efecto; y las que en lo sucesivo se publiquen en la espresada Galería serán las que se consideren de mucho interes para la escena española.

Se dan Catálogos á los sugetos que quieran adquirirlos en todas las librerías donde se halla la espresada Galería.

ecreto de estado.
torias de un coronel.
po el Veronés.
ijo de la tempestad.
boda improvisada.
celino el tapicero.
dos solterones.
ombre mas feo de Francia.
he toledana.
iglar.
astigo de una madre.
memorias del diablo.
a casa con dos puertas,
par.
ven bofetones.
ar en vedado.
orsario.
ate por interés.
azar me vuelvo.
buen padre.
itio de Bilbao.
mwell.
lo y Paulina.
novia de palo.
era, viuda y casada.
protestante.
alina de Médicis.
caballero de industria.
stobal el leñador.
riela de Belle-Isle.
ibuelo.
médico y la huérfana.
pacto del hambre.
proscripto.
degollacion de los inocentes.
dos celosos.
cómicos del rey de Prusia.
abadia de Castro.
hombre de bien.
carcajada.
aro.
secreto de familia.
a aventura de Carlos II.
molinera.
mercader flamenco.
secretario privado.
cisterna de Alby.
a cadena.
or y nobleza.
tonio Perez y Felipe II.
olfo.
ior venga sus gravios.
toni.
rder y cobrar el cetro.
ince años despues.
bio el novicio.
s zelos.
primito.
cilia la cieguecita.
s solitarios.
coja y el encojido.
s Batuecas.
fronia.
puñal del Godo.
mejor razon la espada.
molino de Guadalajara.
caballo del rey D. Sancho.
bruja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho,
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Soboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Machel.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

ESTA GALERI

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina,** á 160 rs.
50 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
28 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria........	Gonzalez.
Alcoy........	Marti Roig.
Alicante........	Champourcin.
Burgos..........	Arnaiz.
Badajoz........	Viuda de Carrillo.
Barcelona.	Piferrer.
Bilbao............	Garcia.
Cadiz.............	Moraleda.
Córdoba.........	Berard.
Coruña...........	Perez.
Granada........	Sanz.
Jaen..............	Orozco.
Jerez..............	Bueno.
Leon..............	Miñon.
Lugo.............	Pujol.
Málaga..........	Aguilar.
Murcia..........	Gisbert.
Oviedo..........	Longoria.
Orense...........	Novoa.
Pamplona.......	Erasun.
Palencia........	Santos.
Palma...........	Gelabert.
Santander......	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.........	Caro Cartaya.
Santiago........	Rey Romero.
San Sebastian..	Baroja.
Vitoria..........	Ormilugue.
Valencia.	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza......,	Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
El libro del pueblo: un tomo, 6.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.